TRAICION

con traicion se paga.

Drama histórico, original

EN CUATRO ACTOS Y EN VERSO,

por Don Manuel Fernandez y Gonzalez.



GRANADA: 1847.

IMPRENTA DE DON M. DE BENAVIDES, CALLE DEL MILAGRO, NÚM. 5 Y 7.

INTERLOCUTORES.

Aben-Humeya, (Don Fernando de Válor.) Aben-abó. (Diego Perez)........................	*Moriscos.*
Doña Ana.... Doña Isabel. Don Juan.... Don Luis....	*Castellanos.*
Gironcillo de la vega. Diego Alguacil.........	*Moriscos.*
Un Alfaqui.	
Un esclavo negro.	
Un capitan castellano.	
Nivel.... Hascen. Ali.......	*Capitanes turcos.*
Morisco primero.	
Idem segundo.	
Idem tercero.	
Idem cuarto.	

Soldados, castellanos, turcos, moriscos.

La accion de los dos primeros actos pasa en Granada en el Albaicin casa de Diego Alguacil, la noche del 27 de setiembre de 1568.

La del tercero en las Alpujarras á las inmediaciones de Andarax, y el cuarto en el castillo de Andarax.

AL ESCELENTISIMO SEÑOR

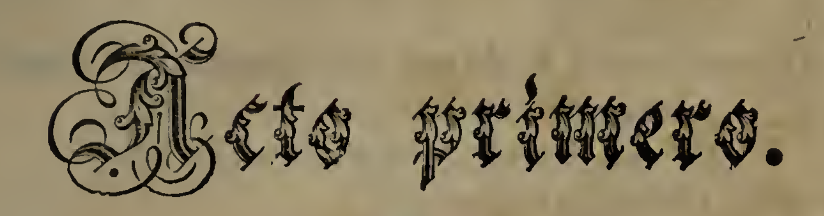
DON MANUEL DE SORIA,

TENIENTE GENERAL

DE LOS EJÉRCITOS NACIONALES,

DEDICA ESTE ENSAYO DRAMÁTICO

Manuel Fernandez y Gonzalez.



Acto primero.

Una galería abierta á un huerto en primer término; á la derecha de ella una puerta, á la izquierda una reja; mesas y bancos: en segundo término el huerto con emparrados, árboles y flores, entre los cuales se ve al fondo una casa con balcones, y bajo ellos un postigo que comunica con la escena: la puerta de entrada se supone en el huerto por la izquierda. Es de noche; un farol pendiente del techo de la galería ilumina la escena.

ESCENA PRIMERA.

ABEN-HUMEYA *sentado junto á una de las mesas—El* ALFAQUI *por el fondo examinando la escena.*

Alfaquí. Ya es la hora, y en la casa
donde me aguardan estoi.
Aben-Hu. ¿Quién es? *(Reparando en él.)*
Alfaquí. Peregrino soi,
que por este pueblo pasa.
Aben-Hu. Venis perdido, tal vez,
hermano, que no es camino
aqueste de peregrino. *(Levantándose.)*
¿De dónde venis?
Alfaquí. De Fez.
Aben-Hu. ¿Si será? *(Aparte.)*
Alfaquí. ¿Qué?
Aben-Hu. Nada digo,

mas me alegro; ¡voto vá!
que yo estuve por allá
y en Tunez tengo un amigo.

Alfaquí. ¿Sois?

ABEN-HUMEYA *le da por contestacion un papel.*

Alfaquí. *(Leyéndole aparte.)*
¡Aben-Humeya! es él.

Aben-Hu. *(Alto.)* ¿Vos sois?

Alfaquí. *(Dándole otro papel.)*
Reparadlo aquí.

Aben-Hu. *(Aparte leyéndolo.)*
¡Hacen-abú, el Alfaquí!
¿Qué os revela ese papel? *(Alto.)*

Alfaquí. En arábigo africano
está escrito.

Aben-Hu. Sí, por Dios.

Alfaquí. Y, á la vez, ¿comprendeis vos
el que puse en vuestra mano?

Aben-Hu. Igual escritura veo.

Alfaquí. Aben-Humeya leí.

Aben-Hu. Hacen-abú, el Alfaquí,
es el nombre que aquí leo.

Alfaquí. Luego sois....?

Aben-Hu. Quien os llamó,
si el honrado peregrino
es cual presumo.....

Alfaquí. Quien vino
á cumplir lo que ofreció.

Aben-Hu. Sabeis....?

Alfaquí. Todo se me alcanza.

Aben-Hu. Está oprimida la tierra...

Alfaquí. Y al fin se apresta á la guerra.

Aben-Hu. Y hai quien alienta esperanza
de ser....

Alfaquí. ¿Rei?

Aben-Hu. ¿Y lo será...?

Alfaquí. Influjo tuvo propicio
en los astros.

Aben-Hu. ¿Y ese indicio

es infalible?

Alfaquí. Quizá.

Aben-Hu. ¿Y no hai un poder...?

Alfaquí. Ignoro...,

Aben-Hu. Dicen que todo lo allana,
con potestad sobrehumana,
un talisman.

Alfaquí. ¿Cuál?

Aben-Hu. El oro.

Alfaquí. Mas si contra el mismo lucha...

Aben-Hu. Siempre al menos vence el mas.
¿Me hallais exacto?

Alfaquí. Quizas.
Ved que alguno nos escucha.

Aben-Hu. ¿Miedo sentís?

Alfaquí. ¿Cómo no?
¿Ignorais que conspiramos
y si un paso en falso damos....?

(Aben-abó aparece entre los árboles del fondo)

Alfaquí. ¡Valgame Alá! *(Aparte.)*

Aben-Hu. Aben-abó. *(Aparte.)*

ESCENA II.

DICHOS, ABEN-ABÓ, *que se adelanta.*

Aben-abó. De dios la invencible mano,
buen peregrino, te ampare.
¡Aben-Humeya...! *(Tendiéndole la mano.)*

Aben-Hu. Él depare (*Estrechándosela.*)
buena dicha á nuestro hermano.

Aben-abó. ¡Traidor! *(Aparte.)*

Aben-Hu. Misterioso está. *(Aparte.)*

Aben-abó. *(Examinando la escena.)*
Solitario, por quien soi,
hallo este recinto hoi.

Aben-Hu. ¿Algo buscas?

Aben-abó. Por acá
en busca de suerte vengo; *(Marcado.)*

como estoi pobre y ocioso,
de riquezas ambicioso
con el juego me entretengo.
Mas con suerte nunca vista:
si en un naipe pongo mano,
jamas á su arrimo gano,
cuando hai álguien... ¡Dios le asista!
(Dirigiéndose al Alfaquí.)
que llevando doble juego,
con entrambas suertes gana.

Alfaquí. ¿Conmigo hablais?

Aben-abó. Cosa es llana.
¿O quereis que torpe y ciego
no me aperciba, señores,
de que en aquesta partida
llevo la suerte perdida
por amaños de traidores?

Aben-Hu. Confieso no os comprendí.

Aben-abó. Pues me esplicó á maravilla.

Aben-Hu. ¿Jugamos?!...

Aben-abó. Contra Castilla
todos, y vos contra mí.

Aben-Hu. Pues menos lo entiendo ahora.

Aben-abó. O no quereislo entender:
cansada de padecer
la infelice gente mora;
por el cristiano vencida,
á sus costumbres atada,
en su patria esclavizada
y en sus dolores herida;
un campo pidió y un rei
para lavar tanto ultraje
y dar rienda á su coraje
por Granada y por su lei.
Mas hubo algun necio aquí
(Marcado encarándose al Alfaquí.)
que dijo: yo soi profeta;
á quien el trono competa
habeis de saber por mí;

revelóme sus intentos
el dios que los astros manda......
Y el vulgo, siempre en demanda
de profetas y portentos,
dijo imbécil entre sí:
Alcemos nuestra bandera,
y dénos.....un rei cualquiera
Hacen-abú, el Alfaquí.
Este, traidor y embustero,
armándose de malicia,
tentó la ajena codicia
avariento de dinero.
Llegó á mí; yo le escuché,
que al cabo, mi sangre era
tan buena como cualquiera
para un rei; le confié
mis tesoros indiscreto,
y creyéndole ¡cuán loco!
preparé el inmenso foco
del alzamiento en secreto.
Me vió la escabrosa sierra
de la Alpujarra en su seno,
de noche, al rugir del trueno
atravesando su tierra;
Recorrí villa por villa
sin descanso, predicando
guerra á muerte contra el bando
del opresor de Castilla;
y vi con dolor profundo
que aun no era llegado el dia
de romper la tiranía
de don Felipe el segundo.
Esperé siempre en acecho:
y al fin, cuando el largo plazo
se cumplió; cuando ya el lazo
de la opresion vino estrecho
á los hijos de Granada;
cuando el Alfaquí me vido,
por su causa, empobrecido

y su codicia halagada
fué, don Fernando, por tí,
traidor é infame cual es]
puso mi suerte á tus piés
olvidando cuanto fuí.

Alfaquí. ¡Dios! ¡solo dios me inspiró!
el astro que presidia
tu destino, lució un dia,
mas á la fin se eclipsó.

Aben-abó. ¡Oh! dices bien, embustero,
astro, por dios, es que pasa,
cuando no luce sin tasa,
el que ha por nombre dinero.
Porque lo sé, vine aquí
para acabar la partida,
que aun, don Fernando, la vida
tengo en juego contra tí.

Aben-Hu. Vamos, Hacen, que está loco.
(Dirigiéndose á la salida.)

Aben-abó. Cuerdo ó loco, aquí á de ser. *(Deteniéndole.)*

Aben-Hu. ¡Loco! que yo á descender
no me allano hasta tan poco. *(Con desprecio.)*

Aben-abó. ¡Perro infiel! menos que tú
nunca fueron mis caballos. *(Con furor.)*

Alfaquí. ¡Soberbios humos!

Aben-abó. Cortallos
si podeis, Hacen-abú.

Aben-Hu. Tu vil lengua, descreido,
es la que cortar debiera;
¿mas qué digo? mengua fuera
que deshonrara á un bandido.

Aben-abó. Como bandido murió,
preso, tu padre en Castilla.

Aben-Hu. ¡Aben-abó!!!..

Aben-abó. Y quien se humilla
contigo en lidiar...¡soi yo!

Aben-Hu. Pues morir quieres al cabo
morirás, mas como muere
(Sacando una pistola de la cintura.)

cuando, infame, el rostro hiere
de su señor el esclavo.

Aben-abó. ¡Traidor!

Aben-Hu. Pero no, ¿qué digo?!
por mi mano castigarte, *(Retirando la pistola.)*
Aben-abó, fuera honrarte
aceptándote enemigo.
Ademas, aunque quisiera
contigo luchar no puedo:
(Se abre la ropilla y deja ver un coselete.)
armado vengo.

Aben-abó. ¡De miedo!

Aben-Hu. Y aguardan mi voz afuera
mis parciales.

Aben-abó. Ya los vi:
los trajiste, don Fernando,
el momento recelando
de encontrarme junto á tí.
Mas escucha: el tiempo avanza;
de tu vida en el camino,
hermana de tu destino,
te seguirá mi venganza.
Hora la suerte te halaga,
mas ¡ay si de tí se aleja!
que segun sentencia vieja
¡Traicion con traicion se paga!
(Vase por la izquierda del huerto.)

ESCENA III.

ABEN-HUMEYA.—EL ALFAQUÍ.

Aben-Hu. ¡Traicion con traicion! ¡qué altivo
y qué insolente á la vez!

Alfaquí. ¡Atreverse el miserable
á decir que le engañé!
¡llamaros traidor!

Aben-Hu. Callad
y no me lo recordeis;

dejadle que su venganza
medite, que rienda dé
á su furor; ¡por Alá!
vereisle pronto á mis piés
demandando su perdon.

Alfaquí. Y vos......

Aben-Hu. Le perdonaré,
que amplio olvido á las ofensas
debe á su grandeza un rei.

Alfaquí. Pero él puede ser traidor,
él puede comprometer
por vengarse nuestra causa.

Aben-Hu. No le comprendeis, Hacen;
él luchará, su venganza
contra mí será cruel
si amenguando mi fortuna
me vence.... pero vender
á sus hermanos.... ¡jamas!
Fanático por su lei,
no tiene para el cristiano
mas que inestinguible sed
de sangre. Contra la cruz
lucharémos á la vez;
pero en medio de esa lucha
habrá otra lucha cruel:
lucha á muerte, sin perdon,
de poder contra poder.
¡Mas ay si vencerlo puedo!
¡ay de mí, si vence él!

Alfaquí. ¡Dios es grande!

Aben-Hu. Y tú, Alfaquí,
ministro de nuestra fe;
tú, profeta; tú, á quien Dios
se ha dignado descender,
y ves en el porvenir
lo que ojo humano no ve;
escucha lo que mi labio,
que de profeta no es,
para el porvenir te dicta:

esta noche, aquí, á las diez,
hombres del pueblo enviados
llegarán á elegir rei.

Alfaquí. ¿Con que está resuelto?

Aben-Hu. Sí,
aquesta noche ha de ser,
que al fin generosa ayuda
nos prestan Tunez y Fez.

Alfaquí. Nadie, como yo, desea
nuestras cadenas romper;
nadie, cual yo, de la sangre
del cristiano tiene sed;
mas me parece que tiempo
de alzar la cerviz no es.

Aben-Hu. ¡Alfaquí!...

Alfaquí. Que os desamparo
por esto, no receleis;
pronto estoi lo prometido
á cumplir. Pero atended
que aquesta es casa de juego,
que pueden venir, tal vez,
castellanos.

Aben-Hu. Por lo mismo
que tan concurrida es,
mas seguridad ofrece;
la calle de San Miguel
es estrecha, oscura, triste;
dos hombres, que alerta estén,
pueden, si asoma el peligro,
avisarnos; á las diez
estallará en Bibarrambla
al grito de: ¡muera el rei!
un motin; hai poca gente
en los tercios, y tal es
y tan bueno el plan, que en tanto
se esfuercen por contener
las turbas, que desbandadas
griten, corriendo en tropel,
aquí podran los creyentes

á su rei besar los piés.
No mas sufrir, harto tiempo,
gimiendo, al yugo cruel
del vencedor, doblegamos
nuestra indómita altivez.
Escucha agora, profeta,
lo que has de hacer entender
á todos cual profecía:
un hereje de su lei,
un hombre de sangre real,
que por el cristiano fué
bautizado, don Fernando
de Válòr, que aun era ayer
Aben-Humeya, es quien debe
á Granada devolver
su libertad, y elevarla
á su ya perdida prez:
él solo debe, ¿lo entiendes?
su corona poseer,
que escrito así por los astros
en su horóscopo se ve.
¡Aben-Humeya! ¿lo entiendes?

Alfaquí. ¡Dios es inmenso en poder!
Mas...

Aben-Hu. En aqueste diamante
(Mostrándole una joya.)
¿un nombre escrito no lees?

Alfaquí. Y esa joya....

Aben-Hu. Los Califas
de Córdoba y de Jaen,
mis abuelos, la guardaban
en su tesoro; valer
puede mil marcos de oro.
¿Aun ese nombre no ves?
(Le da el diamante.)

Alfaquí. Señor, ante tí me humillo:
¡el profeta ensalce al rei
de Córdoba y de Granada!
(Prosternándose.)

Aben-Hu. Alza y escucha: aun leer
puedes mi nombre;
(Desnudando la daga y mostrándosela por la punta.)
¡esta daga
está fabricada en Fez!
Alfaquí. ¡Señor!
Aben-Hu. Basta; cuando escuches
las diez á este sitio ven.
(Vase el Alfaquí por la izquierda del huerto.)

ESCENA IV.

ABEN--HUMEYA.

Aben-Hu. ¡Ah miserable! ¡harto cara
me cuesta tu profecía!
Mas tiembla, si la balanza
de tu sórdida codicia
entre Aben-abó y mi suerte,
á mi suerte no se inclina.
¡Por Dios, que tanta bajeza,
á mi despecho, me humilla!
Él tiene razon; en tanto
que yo en el ocio vivia;
de esa mujer en los ojos
buscando amores; mi vida
entre placeres gastando
al vapor de las orgías,
él, sin tregua, preparaba
la guerra contra Castilla.
¡Esa mujer! al reflejo
que esos vidrios ilumina,
(Mirando á los balcones del fondo, en uno de los cuales se ve brillar una luz.)
tras ella mi pensamiento
en intenso ardor se agita.
¡Siempre mi amor desdeñando!
¡Siempre á mi sufrir esquiva!
¡Y tan jóven.... tan hermosa!

¡Y ese alférez, que en continua
ronda, bajo sus ventanas
todas las noches vigila!...
¡Callad, celos, y crueles
no acibareis mi desdicha!

(Suena dentro, muy cerca, el preludio de una guitarra.)

¡Ah! ¡esa guitarra! ¡el infierno
se revela en contra mia!

(Canta una voz dentro.)

Canta el loco á quien sonrie
una esperanza lejana,
y la flor en la mañana
torna su cáliz al sol;
llora el loco cuando mira
que la ilusion desparece;
cuando el astro se oscurece
se marchita el girasol.

(Sigue el ritornelo de la cancion.)

(El balcon donde brillaba el reflejo de la luz se oscurece.)

Aben-Hu. ¡Oh! y le escucha ¡en su ventana
la opaca luz ya no brilla!
tal vez, su amor anhelando,
ella en lo oscuro suspira.

(Canta la voz dentro.)

Yo soi el loco, señora,
que, sin tregua á su amargura,
vuelve al sol de tu hermosura
de su corazon la flor;
escucha, por Dios, sultana,
los suspiros de mi queja;
mira cual baño tu reja
con el llanto de mi amor.

(Cesa el canto.)

Aben-Hu. ¡Oh! ¡no mas! mi sangre hierve
y sangre pide á mi ira.

(Se dirige furioso al fondo.)

ESCENA V.

ABEN-HUMEYA, DIEGO ALGUACIL, *por la puerta que se supone en el huerto.*

Diego. No hai paso. (*Deteniendo á Aben-Humeya.*)
Aben-Hu. ¿Quién me lo estorba?
¡Diego Alguacil! (*Reconociéndole.*)
Diego. ¿Dónde ibas?
¿Así por vanos amores,
loco, tu interes olvidas?
¿A buscar una estocada,
en una empresa ridícula
vas?
Aben-Hu. ¿Acaso de mi brio
y mi espada desconfias?
¿He de sufrir se deshagan
mis ensueños á mi vista,
ó para mí nada valen
los amores de tu hija?
Diego. ¡De mi hija! ¡pobre mártir,
que desde el Edem me mira,
y en su seno de bondades
el altísimo cobija!
Aben-Hu. ¡Diego Alguacil! (*con estrañeza.*)
Diego. Si supieras
quien es la mujer que inspira
amor á tu pensamiento;
y si el odio con que un dia
miraste á su padre aun vive
en tu mente; si el enigma
que la encubre desparece,
y, cual es, ante tu vista
se presenta, temblarás
como yo, si sus caricias
sobre mi arrugada frente
en puros besos prodiga.
El asombro no me estraña
que en tu mirada se pinta;

tienes razon; mas escucha:
no tuve mas que una hija,
y ya no existe; callé,
mientras tu suerte á la mia
era igual; mas hoi que cerca
estás de la regia silla
de Granada, yo no puedo
sustentar una mentira,
que si un tiempo desparece,
puede acibarar tu vida.

Aben-Hu. ¡Acaba! ¿quién es Zahara?

Diego. Veinte años ha, desde un dia
en que tu padre, que amaba
con delirio á una morisca,
la vió, su amor despreciando,
con un castellano unida.
Era tu padre, cual tú,
de condicion vengativa,
y sin dar otro consejo
al consejo de su ira,
junto al altar vió la sangre
de su enemigo vertida.
Prendiéronle; el castellano
sanó, y ante la justicia
se presentó demandando
del asesino la vida;
era rico y poderoso
y á la fin, con ignominia,
en un cadalso tu padre.....

Aben-Hu. ¡Calla! y esa llaga impía,
que mi corazon desgarra,
no toques; harto cumplida
fué mi venganza: murió...
murieron tambien sus hijas....

Diego. No murieron; yo era padre....
las vi inocentes; dormidas,
junto al marques espirante,
hechiceras sonreian.
Tú me dijiste: ¡su raza

sin compasion estermina!
yo lo quise; mas el negro,
que al padre arrancó la vida,
se detuvo horrorizado
y cayendo de rodillas
á mis piés, -"no, yo no puedo
«herir, me dijo, á esas niñas;
«señálame un hombre fuerte
«y si mi mano vacila
«en herirle, matamé;
«quien de sangre débil tinta
«al grande espíritu muestra
«el dia de la justicia
«la frente, de su venganza
«terrible castigo incita."
Yo temblé como tú hubieras
temblado; tomé las niñas
en mis brazos, y adoptélas
desde entonces por mis hijas.

Aben-Hu. Y ella ignora?...

Diego. Todo.

Aben-Hu. Y bien,
será mi esposa; ceñida
de Granada la corona,
veré en su frente purísima.

Diego. ¡Imposible! te aborrece;
es de tí tan enemiga
cuanto el agua lo es del fuego,
cuanto la noche del dia.
Tal vez la voz de la sangre
allí incomprensible grita,
y si alguna vez la suerte
la revela, por desdicha,
su historia, de su venganza
la esplosion será infinita;
te romperá entre sus manos
como una frágil vasija,
que, aunque, por Dios, es hermosa
y gentil á maravilla,

no hai valiente á quien respete,
no hai corazon que la rinda.
¿No la miraste en su infancia
perseguir en montería
ya al oso, ya al javalí,
ya á la cierva fugitiva?
¿un recuerdo tenebroso
en su conciencia no grita
en que ella el lugar primero
ocupa? su amor olvida
y sé alguna vez prudente.

Aben-Hu. Es en vano. ¿Quién decirla
podrá que su padre...?

Diego. Alguno
hai que puede; la sombría
memoria de aquel delito,
no halló en mi pecho cabida
bastante para un secreto
de tal peso, y como alivian
comunicadas las penas
al corazon, dije un dia
á Aben-abó.....

Aben-Hu. ¡Miserable!
¿Y así vendiste mi vida
y la tuya á un enemigo?
por eso tan inaudita
era su altivez; por eso,
con sarcástica sonrisa,
me recordó de mi padre
la ejecucion. ¡Oh! ¡maldita
mi estrella! ¿y aun permanece
quieta la daga en mi cinta?
¿Aun vives?!

Diego. Aben-Humeya,
deja amenazas ridículas;
cual todas, está tu suerte
en el libro eterno escrita;
el pasado ya no existe,
y, pues un trono te brinda

el presente, previsora
tiende al porvenir tu vista.
Lucha agora por Granada,
y cuando encumbrado midas,
de una mirada á tus plantas
prosternada á Andalucía,
entonces á tus pasiones
puedes dar rienda prolija.

Aben-Hu. Dices bien; pero, á propósito,
¿qué nuevas hai?

Diego. Decididas
por tí están las Alpujarras.
Todas las Tahas envian,
representándolas, hombres
que por su señor te elijan.
Mas tambien sabe el cristiano
que trastornos se maquinan;
el Capitan General
de la Costa nos vigila;
los tercios sobre las armas
están, y en las baterías
de la Alhambra, el artillero
junto á las piezas se mira;
piqueros rondan las calles
del Albaicin en tu pista,
y hasta que el motin estalle,
en este lugar peligras.

Aben-Hu. ¿Y dó ocultarme?

Diego. Esta casa
tiene profunda una mina
que en la vega desemboca.
Vete.

Aben-Hu. Y en tanto tu hija.....
quiero decir, la cristiana
con ese alférez delira.

Diego. Hai de por medio una reja
y...¿qué ocurre?
(A un morisco que aparece al fondo.)

ESCENA VI.

DICHOS, MORISCO 2.°

Morisco 2.° Se aproximan
castellanos, y parecen
ó gente de armas ó espias
Aben-Hu. O jugadores.
Diego. ¿Quién sabe?
Vete; *(Al morisco 2.° que entra por el huerto.)*
y tú, pronto, á la mina. *(A Aben-Humeya.)*
¡Gironcillo! *(Llamando por la derecha.)*

ESCENA VII.

ABEN-HUMEYA, DIEGO ALGUACIL Y GIRONCILLO, *por la puerta de la derecha.*

Diego. *(A Gironcillo.)* A Aben-Humeya
á los subterraneos guia
y vuelve.
Aben-Hu. A dios.
Diego. No te olvides
de que á las diez es la cita.
(Aben-Humeya y Gironcillo entran por la puerta de la derecha.)

ESCENA VIII.

DIEGO ALGUAGIL, *poco despues* MORISCO 3.° MORISCO 4.° *y algunos mas.*

Diego. No hai que perder un instante.
¡Ola! *(Llamando por la reja.)*
Junto á san Miguel
(A los moriscos que entran porel huerto.)
ponte de guarda, Farax;
tú, vigila, Abul-acen,
la otra entrada de la calle.

Morisco 3.° ¡La consigna!
Diego. Aquesta es:
á quien no rinda por seña
Granada, Tunez y Fez....
Morisco 4.° ¿Se le mata?
Diego. Se le deja
pasar, y un silbido...
Morisco 5.° Bien.
Diego. Y vosotros de la iglesia
ocultos en el cancel
velareis desde lo oscuro.
A sus puestos.
(Los moriscos entran por la izquierda del huerto.)

ESCENA IX.

DIEGO ALGUACIL, GIRONCILLO *por la puerta de la derecha.*

Diego. *(A Gironcillo.)* Tú preven
la compuerta de la mina,
por si llega á acontecer
nos sorprenda fuerza armada.
Gironcillo. Ya esa precaucion tomé.
Diego. Si vinieren por acaso
cristianos y de beber
te piden....
Gironcillo. ¿No tengo vino,
ó los despido?
Diego. No á fe;
fuera despertar sospechas;
(Saca un papel de entre la ropilla y lo muestra á Gironcillo.)
los polvos que dentro ves
puedes en su vino echar.
Gironcillo. ¿Y estos polvos...? *(Guardando el papel.)*
Diego. Son de lei.
¿Me comprendiste?
Gironcillo. Sí tal.
Diego. Queda con Dios.

Gironcillo. Ve con él.

(Diego Alguacil sale de la escena, por el postigo que se ve al fondo bajo los balcones.)

ESCENA X.

GIRONCILLO.

¡Solo al fin! ¡cuánto sufrí
con todo lo que escuché!
¡Cuánto crímen! cuánta infamia!
Sí, sufriremos, los piés
del asesino besando,
al llamarle nuestro Rei;
dejaremos despedace
nuestra raza, del infiel
cristiano, el infame yugo;
mas, por Dios, dijiste bien,
Aben-Humeya: "á la Cruz
«batiremos á la vez,
«pero en medio de esa lucha
«habrá otra lucha cruel,»
sí, terrible, sin perdon,
de astucia contra poder,
y, ¡ai de él si vencido queda!
¡ai de tí si vence él!
¡Ola! ¡Hassan!..¡Hassan!
(Llamando por la reja.)

ESCENA XI.

GIRONCILLO, MORISCO 1.° *por la entrada que se supone en el huerto.*

Morisco 1.° ¿Me llamas?
Gironcillo. Sí; ¿te has vendido tambien?
Morisco 1.° ¡Venderme yo! ¡sí por Dios!
al ángel me venderé
de la muerte, si me da

la impura sangre á beber
de Aben-Humeya; Zegrí
es al fin; ¿y puede haber
en un vil Zegrí nobleza
ni de caballero fe?

Gironcillo. ¿Sabes...?

Morisco 1.º En la plaza estuve:
allí atónito escuché,
entre las bocas del vulgo,
su infame nombre correr.
¿Nuestro rei un renegado
enemigo de su lei?
¡No será! Que Aben-abó
una bandera nos dé,
y Abencerrajes, Zenetes,
los linajes que de Fez
vienen, le darán ayuda.

Gironcillo. No es hora; para vencer
al enemigo comun
que harto poderoso es,
todos los buenos creyentes
deben lidiar á la vez;
y cuando en el campo abierto
nuestras enseñas ondeen
y zumbe el grito de guerra
de los hijos de Ismael;
cuando al cristiano arrojemos
de nuestro perdido edem,
caerá el vil Aben-Humeya
destrozado á nuestros piés.
Ahora, busca á Aben-abó;
en las cuevas del Rabel
le encontrarás; esta llave
dale; que venga á las diez
y entre por aquel postigo;
(Señalando el postigo del fondo.)
yo aguardándole estaré;
encontrará una escalera,
hai un corredor despues

y al fin de él un aposento
donde seguro podré
hablarle.

Morisco 1.° ¿Diego Alguacil
no vive esa casa?

Gironcillo. Y bien....

Morisco 1.° Es uno de los traidores.

Gironcillo. No importa; secreto es
el lugar en donde espero.
Irás á buscarle?

Morisco 1.° Iré.

Gironcillo. Ve con Dios.

Morisco 1.° Alá te guarde. *(Vase por la izquierda.)*

ESCENA XII.

GIRONCILLO.

¿Qué guardará este papel?
(Sacando del bolsillo el que le entregó Diego Alguacil.)
ó narcótico, ó veneno;
el sueño ó la muerte; y bien....
siempre será un enemigo
de menos. *(Suena dentro un silbido prolongado.)*
¡Ola! ¡ya hai pez!
(Guarda precipitadamente el papel.)

ESCENA XIII.

GIRONCILLO, DON LUIS DE AVENDAÑO, *por la izquierda del huerto, con capa, chambergo de guerra, banda y baston de mayor de tercio.*

D. Luis. Al fin arribé.

Gironcillo. ¿Quién pasa?
¡Señor don Luis de Avendaño! *(Reconociéndole.)*
¿De dó venis? mas de un año
hace que no honrais mi casa.

D. Luis. Achaque del tiempo ha sido
que ausente en Flandes he estado;
mas apenas he llegado
cuando á tu casa he venido.

Gironcillo. Por ello gracias os doi;
no esperaba tanto honor.
¡Cáspita! ¿ya sois mayor?

D. Luis. De un tercio encargado estoi.

Gironcillo. ¿Y ese tercio dónde está?

D. Luis. En Flandes; mas una urgencia
me llamó aquí; real licencia
alcancé y vengo de allá.

Gironcillo. ¿Y venis...? Mas perdonad....
siempre un hablador seré;
dispensadme si abusé
por curioso.

D. Luis. No en verdad.

Gironcillo. ¡Siempre el mismo! no me engaño
cuando me digo: en leal
y en llano, no encuentro igual
al buen don Luis de Avendaño.

D. Luis. (Adulador) *(Aparte.)* Este oro *(Alto.)*
(Dándole una moneda.)
pague tan buena opinion.

Gironcillo. *(Aparte.)* Es lástima, en conclusion, *(Guardándola.)*
que no haya nacido moro.

D. Luis. Algo dices?

Gironcillo. Nada digo
mas me estraña... ¡sí, por Dios!
el no encontrar junto á vos
cierto alférez vuestro amigo.

(Don Juan Coloma aparece por la entrada de la galería.)
¡Oh, miradle donde asoma!

ESCENA XIV.

DICHOS, DON JUAN COLOMA, *con capa, chambergo de guerra, rodela á la cintura y una guitarra, que deja sobre una mesa al reconocer á Don Luis de Avendaño.*

D. Luis. ¡Don Juan!
D. Juan. *(Abrazándole.)* ¡Don Luis! ¡bien venido!
¡qué diablo! habeis sorprendido
al pobre alférez Coloma.
D. Luis. ¡Tan apuesto y tan galan!
y, cual siempre, la vihuela
al lado de la rodela.
D. Juan. ¿Qué quereis? ese es mi afan;
con amor y cuchilladas,
con naipes y devaneos
están llenos mis deseos,
todas mis dichas colmadas:
¡Ola Roque! ¿dó te has ido?
(A Gironcillo que se ha retirado á un ángulo de la escena.)
¿ya de mí te has olvidado?
Gironcillo. *(Adelantándose.)*
No tal, aunque habeis andado,
para mi casa, perdido.
D. Juan. Perdido de amores locos
anduve y ando.
Gironcillo. En un juego
terciais, en que el niño ciego
deja ganar á mui pocos.
Mas si venis convertido,
á buen tiempo sois llegado
que si quereis, al contado
no os ha de faltar partido... *(Con intencion.)*
Ya que renegais de amores
ganareis al fin jugando.
(Don Juan distraido observa uno de los balcones del fondo, donde aparece á punto el reflejo de una luz.)
D. Luis. Sí, reniega, contemplando
los vecinos miradores. *(Señalando al fondo.)*
D. Juan. ¿Sabes quién vive esa casa? *(Idem.)*

Gironcillo. Una galana doncella
recatada, rica y bella
que de los veinte no pasa;
un viejo de rostro feo
que nunca la risa enseña;
una castísima dueña
y un esclavo, á lo que creo.
D. Juan. ¿Entra alguno?
Gironcillo. Tal no sé.
D. Juan. ¿Y quién la ronda la calle?
Gironcillo. Un alférez de buen talle
parecido á vuesarcé.
D. Juan. A salud de la doncella
gozarás este ducado; *(Dándole dinero.)*
por este, el enamorado
solo quiere una botella.
D. Luis. Aguarda; y aquese anciano
que nos pintas tan arisco,
¿es castellano ó morisco?
Gironcillo. Entre moro y castellano:
es decir se bautizó.
D. Luis. ¿Diego Alguacil es su nombre?
Gironcillo. Sí señor.
D. Luis. ¿Y aquese hombre
tiene hijos varones?
Gironcillo. No.
Hembras fueron: la mayor
falleció; la mas galana,
que se nombra Doña Ana,
de don Juan es el amor;
Doña Isabel, la tercera,
en la Alpujarra vivia
al arrimo de una tia,
y esta es la familia entera.
Voi á serviros el vino.
¡Pobres mozos! en verdad. *(Aparte.)*
es una fatalidad
los trajera aquí el destino.
(Vase por la puerta de la derecha.)

ESCENA XV.

DICHOS *menos* GIRONCILLO.

D. Juan. Pensativo habeis quedado.
D. Luis. ¡Oh, no por cierto, don Juan;
con que al fin sois un galan
mal creido ó desdeñado.
D. Juan. Sí, don Luis, la suerte fiera
ante mí la puso un dia,
y llevóse el alma mia
en sus ojos prisionera.
Mi amor vino á zozobrar
en el mar de mi pobreza;
mas jornada que se empieza,
don Luis, se debe acabar;
y una vez rota la valla
es honra salir triunfando,
ó con honra peleando,
sucumbir en la batalla.
Como lo digo ha de ser:
ó el juego me ayuda hoi
y dueño felice soi
de tan hermosa mujer;
ó tomo en Flandes bandera,
los flamencos entro á saco,
torno capitan y ataco
otra vez esa trinchera.
¡Pardiez! ¿porque pobre soi
me desdeñas, doña Ana?
D. Luis. Eso os dijo la inhumana?
D. Juan. Loco de furor estoi.

ESCENA XVI.

DICHOS, GIRONCILLO, *con una botella y vasos por la derecha.*

D. Luis. Bien á punto el vino llega
á calmar esos furores.

Gironcillo. Os he servido, señores,
lo mejor de mi bodega.
D. Luis. ¿Es Jerez?
Gironcillo. Baza.
D. Juan. Bien hecho;
profeso al Baza cariño.
Gironcillo. Tiene ademas cierto aliño,
que de fe os hará provecho.
Salud. *(Vase por la puerta de la derecha.)*

ESCENA XVII.

DICHOS *escepto* GIRONCILLO.

D. Luis. ¿Notásteis, Coloma, *(Despues de beber.)*
cierto punzante sabor?
D. Juan. ¡Vah! sois mal conocedor;
es añejo y tiene aroma.
Sigo pues: hoi á la aurora
llegué, paréme, y deprisa,
vi que salieron á misa
la dueña tras la señora.
Iban solas, las seguí;
en San Miguel se ocultaron,
y mis piés luego pisaron
el templo do entrar las vi.
¡Qué hermosa estaba de hinojos
prosternada ante el Señor!
¡cuánta fe, cuánto candor
en sus hechiceros ojos!
Y aunque quise ¡Dios me asista!
obrando cual buen cristiano,
la misa escuchar, fué en vano;
estaba fija mi vista
en aquella faz serena,
á quien robara envidiosa
su leve carmin la rosa,
su blancura la azuzena.
D. Luis. ¿Con que es tal y tan galana

la mujer que os enamora?

D. Juan. Veinte abriles tendrá agora;
mas pese á su edad temprana,
prenda siempre de inocencia,
aunque á galan no haya oido,
ni en juegos de amor perdido,
ya me tiene sin paciencia.
Yo, que jamas requebré
á dama que no rendí,
yo, que llorado me vi,
lloré de su reja al pié.
En vano fué la vihuela,
la cancion y el estornudo;
su balcon estuvo mudo
á la amante centinela.
Si alguna vez la seguí,
nunca á mirarme tornó;
si por acaso me vió,
la vista apartó de mí...
y ¡vive Dios! ya me carga
tanto desden y desden;
que resistan....¡está bien!
¡pero á carrera tan larga...!

D. Luis. Mas la misa...

D. Juan. Se acabó,
y al mostrarla agua bendita,
la di un billete, una cita;
el billete recibió,
burlando á la atenta vieja
que la guarda recelosa,
y díjome cautelosa:
á la oracion, por la reja.

D. Luis. Pues si a la reja os citó,
don Juan, debeisla agradar.

D. Juan. Lo mismo llegué á pensar,
mas tal pensar me engañó.
Canté, hice ruido, sentí
abrir la reja, acerquéme
y saludéla; turbéme

con el acento que oí:
que no son tan armoniosas
las selvas, cuando se mueve
su fronda al impulso leve
de las auras silenciosas;
como su voz, que ni el ave,
ni el arroyo que murmura,
aventajan en dulzura
á su cadencia suave.
—¿Qué me quereis? dijo luego.
—Amores, respondí á punto.
—Mucho activais el asunto,
repuso, ó venis por juego.
—Juego en que perdidas van
las alas del corazon.
—¿Verdad?—Por mi salvacion.
—¿Cuál vuestro nombre?—Don Janu.
—Soi de lo mejor de España,
y quiero hidalgo marido.
—Sabed que á dicha he nacido,
mi señora, en la montaña.
—Y....¿qué sois?— Aventurero;
mas sueldo honrado me dan.
—Y esa soldada, don Júan,
¿os renta mucho dinero?
—Tal cual... unos cien ducados...
—Al mes?—Al año. —Calló
la dama cuando escuchó
el año de mis pecados.
Y luego, entre burla y risa,
me dijo: señor don Juan,
mandareis, con lo que os dan,
por vuestro amor una misa.

D. Luis. ¡De réquiem! ¡voto á luzbel!
don Juan, la hermosa os plantó.
Y decidme: ¿os pareció
su acento entonces del miel?

D. Júan. Parecióme que lejana,
allá en un sueño perdido,

habia otra vez oido
aquella voz inhumana,
breve, cruel, incisiva,
no mis amores burlando
cual hora, sino gozando
en su furor vengativa.
Parecióme se nclinaba
otro ser sobre mi frente
en un todo diferente
de la mujer que adoraba.
Parecido singular
que heló la sangre en mis venas;
palabras del eco llenas
que escuché en otro lugar;
y quise, luchando en vano,
buscar el nudo secreto
de aquel misterio incompleto,
de aquel tenebroso arcano.
En Flandes fué donde oí
aquel acento, hace un año.

D. Luis. ¡Ah! *(Aterrado.)*

D. Juan. Dispensadme, Avendaño,
si vuestro dolor herí.
Allí vuestro pobre hermano
asesinado murió,
y entre mis brazos cayó,
manchando en sangre mi mano.
Mas antes, entre lo oscuro
de aquel lóbrego aposento,
sonó junto á mí un acento
cruel, despreciante, duro:
"Juré arrancarte la vida,
Gaspar, y la cobro yo.»
Y aquella voz, que así habló
en las tinieblas perdida;
breve, cruel, inhumana,
que alcanzó la sangre á helarme,
vino otra vez á turbarme
en la voz de doña Ana.

Mas imposible es, por Dios
de entonces á acá va un año
y aquí, si yo no me engaño,
doña Ana vive ha dos.

D. Luis. Callad, don Juan, aun la herida
de mi dolor sangre brota;
he apurado gota á gota
la amarguísima bebida.
Tras la muerte de mi hermano
mi pobre madre murió,
y tras ella sucumbió
mi padre, débil y anciano.
¡Oh! yo vi palidecer
sus frentes de muerte heridas;
lentamente sus dos vidas
gastarse y desfallecer.
Solo quedé, solo y yerto
con el alma desgarrada,
triste, á cruzar destinada
de la vida en el desierto;
y juré ¡Dios me perdone!
matar al vil asesino,
si por acaso el destino
otra vez junto á él me pone;
en el campo ó en poblado,
en la Iglesia ó en palacio,
en cualquier tiempo ó espacio,
faz á faz ó asesinado.

D. Juan. ¿Le conoceis?

D. Luis. Por su espada.
Era un mozo aventurero
que sirvió, segun infiero,
en el tercio de Moncada.
Sin saberse de que tierra,
con diez lanzas llegó un dia
sin cuarteles de hidalguía
ni mas que un nombre de guerra.
Y anduvo azas peregrino
en proveerse de nombre:

se llamaba nuestro hombre
el capitan Torbellino.
Jugador y pendenciero
no hubo puesto donde entrara
sin que su mote abonara
con la punta de su acero.
Si alguno, con mal talante,
le osó mirar descortés,
de duelo á muerte á sus piés
miró, cual prenda, su guante.
Niño con rostro de dama,
sin blason ni nombradía,
llegó á eclipsar en un dia
de los mejores la fama.
Solo una espada encontró
que á la suya resistiera:
don Juan, esa espada era
del hombre que asesinó.

D. Juan. ¿Vuestro hermano?

D. Luis. El mismo, sí.

D. Juan. ¿Teneis pruebas?

D. Luis. Cual testigo
de ser verdad lo que digo,
hable este papel por mí.

(Sacando un papel de una cartera y entregándolo á don Juan.)

D. Juan. *(Leyéndole.)*
«A tí, Don Luis de Avendaño:
«si quieres, como colijo,
«de tu hermano por la sangre,
«ser en batalla conmigo;
«conmigo, que le di muerte
«vengando el honor perdido
«de mi hermana infortunada,
«á quien el afan prolijo
«de amores, que un tiempo fueron
«por desdicha mal creidos,
«dió muerte, cuando amanezca
«encontrarás junto al rio,

«sin mas armas que su espada,
«al capitan Torbellino.»

D. Juan. *(Devolviendo el papel á don Luis.)*
¿Fuísteis?

D. Luis. *(Guardándole.)* Herido y maltrecho,
aunque os recaté el asunto,
me vísteis, de muerte á punto,
velando junto á mi lecho.
¡Si la historia aterradora
supiéseis que causó el duelo.....!
Amad, don Juan, sin recelo
la mujer que os enamora.
Era morisca la dama
que mi hermano abandonó;
morisco quien le mató
de su hermana por la fama.
Tan solo á vengarse vino,
y cuando logró vengarse,
cual vino, tornó á ocultarse
el capitan Torbellino;
dejándome por memoria
mi familia asesinada,
en el pecho una estocada
y en la mente horrible historia.

D. Juan. Procuradla desechar;
y cuando estemos en caza
de esa turbulenta raza,
que no tardará en alzar
contra el rei y contra España
su pendon en rebeldía,
tal vez frente á frente un dia
le hallarémos en campaña. *(Suena dentro un silbido.)*

D. Luis. Callad, que á la puerta asoma
un hombre.

ESCENA XVIII.

DICHOS, UN CAPITAN *con coselete y morrion de acero.*

Capitan. (*A don Luis y don Juan.*) Que os guarde Dios.
Tampoco aquí ¡voto á brios!
(*Examinando la escena.*)
¡Avendaño! ¡y vos, Coloma! (*Reconociéndolos.*)
D. Luis. / *D. Juan.* ¡Hernan Perez las Roelas!
D. Juan. ¡Vive Cristo! que me estraña (*A don Luis.*)
el hallaros en España,
cuando os juzgaba en Bruselas.
D. Luis. No es mi estrañeza menor
al veros, Hernando, aquí.
Capitan. Me juzgareis, ¿no es así?
por lo menos jugador.
Venid, mirad, caballeros;
(*Llevándolos á la reja y señalando á la calle.*)
estoi cansado, rendido;
toda Granada he corrido
con esos treinta piqueros.
(*Dirigiéndose á alguno que se supone dentro.*)
¡Alférez! bueno seria
que desmontase la gente.
D. Juan. ¿Vais de ronda? (*Retirándose de la reja.*)
Capitan. Justamente:
mejor dicho: á montería;
pero con fortuna escasa:
y, pues esta madrigüera
puede ocultar á la fiera,
registrémosla. ¡Ah de casa! (*Llamando.*)

ESCENA XIX.

DICHOS, GIRONCILLO *por la puerta de la derecha.*

Gironcillo. Caballeros, guardeos Dios;
quereis dados, naipes, vino

ó bien....

Capitan. Hablador sin tino
quiero saber quien sois vos.

Gironcillo. ¡Ah!!.... yo soi Roque Bastida,
servidor de vuesarcedes,
que pasa entre estas paredes
tranquilamente su vida.
Aquí sirvo al caballero
que me honra con su presencia,
doi al plebeyo asistencia
y si juegan lo tolero.

Capitan. De órden del corregidor
vuestra casa me mostrad.

Gironcillo. A esa puerta os asomad, *(Señalando la de la derecha.)*
y toda la veis, señor.

Capitan. Nadie: *(Despues de mirar á través de la puerta.)*
decid: ¿vino aquí
esta noche una gitana
joven, apuesta, galana..?

Gironcillo. Si ha venido no la vi.

Capitan. Podeis iros.

Gironcillo. *(Aparte.)* ¡Capitan!
vienes mal y vienes tarde.

Capitan. ¿Qué decis?

Gironcillo. Que Dios os guarde.
(Vase por la derecha.)

ESCENA XX.

DICHOS *escepto Gironcillo.*

D. Juan. ¿Es prenda de algun galan
á quien dais caza?

Capitan. Os prometo
contaros toda la historia;
mas es cosa obligatoria
me prometais el secreto.

D. Luis. Está de mas el encargo,
que hidalgos hemos nacido.

Capitan. Que os sirva al menos, os pido,

*

mi consigna de descargo. (*Con misterio.*)
Anda revuelta la tierra,
y, segun los corredores,
algunas piezas mayores
han bajado de la sierra.
¿Me comprendeis? los moriscos,
que sin temor de la lei,
se han alzado contra el rei,
de la Alpujarra en los riscos.

D. Luis. Ya teneis en donde el hierro
meter, alférez Coloma.

Capitan. Habrá, si crece la broma,
cuchillada y tente perro.

D. Juan. ¿Daránme una compañía
si me alisto contra el moro?
¿saco, si encuentro un tesoro,
y á mis soldados franquía?

D. Luis. Aun sois el aventurero
de Flandes y san Quintin.

D. Juan. ¿Qué quereis? do no hai botin
no hai cumplido caballero.
Sudad dentro de la cota,
cansad, matando, la espada,
y al cabo de la jornada
sacad una pierna rota;
por míseros cien ducados
en que os compran el pellejo,
pagados en cobre viejo
y á la postre mal pagados.
Si no hai saco y compañía
me estoi con los que no van;
ahora seguid, capitan,
con las noticias del dia.

Capitan. Hubo en el ayuntamiento
danza entre los regidores,
y hubo gritos de traidores,
y otros desmanes sin cuento.
Mondéjar está en la Alhambra,
el pueblo en corros murmura,

y hai alguno que asegura
para esta noche úna zambra.

D. Juan. ¿Y porqué tanto alboroto?
¿en dónde está el enemigo?

Capitan. En Granada.

D. Juan. ¿Aquí?

Capitan. Os lo digo,
Coloma, como lo noto.
(Con doble misterio.)
¡Van á proclamar por rei...!

D. Juan. ¡Calle!

Capitan. ¡A un moro! á don Fernando
de Válor.

D. Juan. O estais soñando,
ó vuestro miedo es de lei.

Capitan. Sois, Coloma, un hombre atroz.

D. Juan. Como gusteis, mas seguid
y el fundamento decid
en que se apoya esa voz.

Capitan. Dicen que entró don Fernando
con la daga en la cintura
en cabildo, y se asegura,
que otro regidor, notando
su olvido que tal creyó,
advirtióle mesurado
no era bien entrase armado
donde nadie armado entró.
Privilegios se alegaron
por parte del advertido;
replicósele, hubo ruido
y á la fin se alborotaron.
Y yendo en colmo el esceso,
terciando el corregidor,
llamó al de Válor traidor
y le mandó llevar preso.
Mas rompiendo á todo trance,
dejóse herido á un portero,
y huyó, sin que el mas ligero
le pudiese dar alcance.

Y cundió la gritería;
los tercios se encastillaron
y en consejo se instalaron
cabildo y chancillería.
Y acá y acullá lucieron
espadas y coseletes,
y trotaron los ginetes,
y los infantes corrieron,
y se armó, aunque por lo bajo
y echando el negocio tierra,
tal aparato de guerra,
que yo recelé un trabajo.

D. Luis. ¿Y esa gitana tenia
relacion con tal suceso?

Capitan. ¿Que si tiene? bueno es eso,
es de los moros espía.
Asi de Cádiar lo avisa
la justicia, y ved aquí
cuando se acuerdan de mí
para tan grata pesquisa.

(Suena al lejos un estampido; poco despues se dejan oir otros lejanos y redoblados que siguen de tiempo en tiempo hasta perderse entre el silencio.)

Mas ¿no ois?

D. Luis. ¿Qué ha sido?

D. Juan. Nada:
un disparo de arcabuz.

Capitan. ¡Por el Cristo de la luz!
¡ya está la zambra empezada!

D. Juan. ¡Bien, que truene!

Capitan. *(Yendo á la reja.)* ¡Ola! ¡Mazzan!
mandad montar á la gente.
A Dios, alférez valiente. *(A don Juan.)*

D. Juan. A Dios, bravo capitan.

D. Luis. Porrazo que cante el credo,
si á las espadas venis.

Capitan. A Dios, amigo don Luis.

D. Juan. Mucha suerte, y poco miedo.

(Despidiendo al capitan por la izquierda del huerto.)

ESCENA XXI.

DICHOS *escepto* EL CAPITAN.

D. Luis. ¿Qué hacemos?
D. Juan. ¿Qué? Aquí cenamos;
aquí sin temor dormimos.
D. Luis. Dirán que cobardes fuimos
si en el peligro no estamos.
D. Juan. Yo, por lo menos, me quedo.
D. Luis. ¡Os quedais!
D. Juan. ¡Sí!!!
D. Luis. Reparad,
Coloma, que en la ciudad
creerán que tuvísteis miedo.
D. Juan. Tal diciendo, acertarán.
Tengo miedo á que sin luz;
me despache un arcabuz,
disparado de un desvan;
tengo miedo de encontrarme
entre gente desbandada,
y quedar en la estacada
sin lucir, y sin vengarme;
tengo respeto á un motin
en que mata oculta mano,
do si se mata es en vano;
si hubiera al menos botin....
Mas ¿qué teneis? ¡voto á tal!
pálido estais como un muerto.
D. Luis. La causa, don Juan, no acierto
pero me siento mui mal.
D. Juan. Una razon escelente
para no salir de aquí:
tampoco estoi mui en mí;
los humos tengo en la frente
del vino....

(Desde este momento se nota progresivamente en don Juan y en don Luis, un entorpecimiento igual al que produce un tósigo ó un narcótico.)

ESCENA XXII.

DICHOS, DOÑA ISABEL *por la izquierda del huerto con traje de gitana de la época.*

D. Juan. *(Viéndola.)* ¡Calle! ¿quién va?
D.ª Isabel. Que Dios á Usarcé bendiga.
D. Juan. ¡Ola, gitanilla amiga!
D. Luis. *(Conmovido encubriéndose con la capa.)*
¡Esa voz!
D.ª Isabel. *(Examinando la escena.)* Aquí no está.
D. Juan. ¿Qué buscas?
D.ª Isabel. *(Conmovida.)* Busco quien quiera
saber su buena ventura.
D. Juan. ¿Quién, al ver tal hermosura
sospechara una hechicera?
Mas ya que te encuentro aquí,
sobre este doblon de oro, *(Sacándolo del bolsillo.)*
dime mi sino ¿soi moro
ó cristiano? *(Presentándole la mano.)*
D.ª Isabel. *(Examinándola.)* Así, así...
Cristiano os llamais, don Juan,
ostentais un nombre hidalgo,
y hai dama que os tiene en algo
por valiente y por galan.
D. Juan. Mas vale así. ¿Y di, gitana,
ves en mi horóscopo amores?
D.ª Isabel. Sí.
D. Juan. Quien causa mis dolores
¿cuál se nombra?
D.ª Isabel. Doña Ana.
D. Juan. ¿Y da amores á mi queja?
D.ª Isabel. Sí.
D. Juan. ¿Revelómelos?
D.ª Isabel. No.
D. Juan. ¿Ha hablado conmigo?
D.ª Isabel. Habló
esta noche por la reja.
D. Juan. ¿Será mi esposa?

D.ª Isabel. Quizá.
D. Juan. Con luzbel debes tener
algun pacto.
D.ª Isabel. Puede ser.
D. Juan. El doblon ganaste ya.
D.ª Isabel. La mano no retireis,
que aun tengo mas que decir.
D. Juan. ¿Qué?
D.ª Isabel. De aquí habeis de salir
ó aquí, don Juan, pereceis.
D. Juan. El aviso te agradezco.
D.ª Isabel. *(Profundamente conmovida á don Luis.)*
Y vos, el que así os cubris,
¿tal daño os hice, don Luis,
que nada de vos merezco?
D. Luis. No, gitana, mas por Dios,
siempre que cerca te vi
cebóse tu hechizo en mí.
(Descubriéndose y con conmocion.)
¿Qué hai de igual entre los dos
para que, en seguirme terca,
te halle siempre en mi camino,
representando el destino
que tan infausto me cerca?
Allá en un suelo lejano
tu hermosura admiré un dia:
en su noche, sucumbia
asesinado mi hermano.
Otra noche en mi camino
volví á encontrarte despues;
herido me vió á sus piés
el capitan Torbellino.
¿Qué me anuncias la tercera?
D.ª Isabel. ¿Acaso lo sé, don Luis?
que os persigo me decis
y acusáisme de hechicera.
Si es justo, sábelo Dios,
la fatalidad lo hizo;
para que os dañe mi hechizo *(Con amargura.)*

¿qué hai de igual entre los dos?
Cuando yo os vi, de los grandes
girando en la noble esfera,
era oscura vivandera
de nuestros tercios en Flandes.
Si alguna vez os seguí,
fué solo para advertiros
y ruborosa deciros:
«ved que el peligro esta ahí»
Vos, en vuestro orgullo necio,
creyendo que os mendigaba
oro, que á fe me humillaba,
no hicísteis del caso aprecio.
Tal vez os pesara en vano
mi consejo no seguir
cuando mirásteis morir
do os advertí á vuestro hermano.
Mas tarde, en una alborada,
yendo á un funesto lugar
os dije: os van á matar,
y os dieron una estocada.
Y hora, que por vez tercera
logro veros junto á mí,
la muerte os anuncia aquí
si no salis la hechicera.

D. Juan. ¿Tambien vos? *(A don Luis.)*
¡Voto á Satan! *(A doña Isabel.)*
la hemos visto cara á cara,
sin que á su vista temblara
el corazon de don Juan.
Y pesi á tu profecía,
te voi gitana á decir
que mejor puede morir,
quien es del morisco espía.

D.ª Isabel. ¡Callad! ocultos oidos
hai aquí, y ojos que miran;
si esas palabras traspiran
estos muros, sois perdidos.
Venid, don Luis;

(Llevándole á la reja y señalándole un punto fuera.)

¿Veis allí
un fantasma entre lo oscuro?

D. Luis. Sí.

D.ª Isabel. Don Juan:

(Señalándole un punto opuesto al que marcó á don Luis.)

junto á aquel muro
¿mirais una sombra?

D. Juan. Sí.

D.ª Isabel. Aun mas:

(Volviéndose y señalando la puerta de la derecha.)

bajo aquella puerta,
de la rendija á través,
¿veis la sombra de dos piés?
son de un hombre que está alerta;
que os observa, que os escucha,
que á una seña concertada
alzará mas de una espada
si provocais una lucha,
en que habreis de sucumbir,
mal pese á vuestro ardimiento,
que en un lance contra ciento
lo mas probable es morir.

D. Juan. Con que al fin, ¿este es un coso
donde encerrados nos vemos?
¡Gitana! ¡capitulemos!!!!

D. Luis. ¡Don Juan! *(Con orgullo.)*

D. Juan. *(Con calma.)* Don Luis, es forzoso.
¡Ni aunque fuéramos leones!
Y pues nos toca callar,
paciencia y á barajar.
¡Gitana, las condiciones!

D. Luis. No las toma de villanos
quien nació bueno y leal.

ESCENA XXIII.

DICHOS, GIRONCILLO *por la derecha.*

Gironcillo. Pues haceis, don Luis, mui mal;
dispensad furores vanos
que el alférez dice bien.
Juzgad si no; *(Da un silbido junto á la reja.)*
Si hai templanza
aun os queda una esperanza.

ESCENA XXIV.

DICHOS, MORISCO 4.º MORISCO 5.º *por la izquierda del huerto.*

Gironcillo. Adelante Abul-hacen,
adelante buen Farax,
que Alá, hermanos, os proteja:
¿quién vigila en la calleja?
Morisco 3.º Monfarrix y Aben-farfax.
D. Luis. ¡Infames! *(Con visibles señales de entorpecimiento.)*
¡gente traidora!
¿y así se vencen ¡villanos!
dos soldados castellanos?
Todo lo comprendo ahora.
¡Oh! si lidiar como buenos
frente á frente no podeis,
para matarnos teneis
en vez de espadas.... venenos.
D.ª Isabel, Gironcillo. ¡Venenos!
D. Luis. Sí, vive Dios;
de vuestro vino el aroma
era un veneno, Coloma.
(Dando algunos pasos vacilantes hácia el fondo.)
y hemos.... bebido.. los dos!!..
¡Oh!... procuremos salir..
fuego en mis entrañas arde,
y entre... esta.. gente.. cobarde...

(Cae sobre un banco á la izquierda.)
no quiero... don Juan.. mo.. rir.
(Haciendo algunos esfuerzos para levantarse.)
¡Ah!... ¡la.. muer..te! ¡her..ma..no..mio!
(Queda aletargado.)
Gironcillo. *(Dominado por la situacion á los moriscos.)*
¡Despejad¡ ¿qué, no lo ois?
¡Despejad!
(Vanse por la izquierda de la galería los moriscos,)

ESCENA XXV.

DICHOS, *escepto los moriscos.*

D.ª Isabel. Don Luis! Don Luis!
(Tocándole al rostro y retrocediendo aterrada.)
¡Ah! ¡qué horror! inmóvil, frio!
(Se cubre el rostro con las manos y cae de rodillas junto á don Luis.
D. Juan. *(Dirigiéndose vacilante á la salida.)*
¡Es verdad! y yo creia
que el fuego que me entorpecé
era embriaguez; se...oscurece.....
mi.. mirada.. ¡Ah! ¡pren..da..mia.!
(Cae sobre un banco á la derecha,)
tè pierdo... ne... gro.. des.. tino..
(Se aletarga.)
Gironcillo. Plegue á Alá que sueño sea....
(Contemplándolos con terror.)
Sí; me estremece otra idea;
no sirvo para asesino.
(Vase por la derecha.)

ESCENA XXVI.

DON JUAN Y DON LUIS *aletargados*; DOÑA ISABEL *abatida junto á* DON LUIS; DOÑA ANA, *por el postigo del fondo, con traje de dama castellana, baja á la escena y mira con terror al sitio donde está* DON JUAN.

D.ª Ana. ¡Oh! padezco horriblemente:
¡el sueño ó la muerte! hai horas,
que oprimen aterradoras
al corazon mas valiente.
(Acercándose á don Juan.)
¡Ah! no mas, no mas dudar.
¡Espíritu que vacilas
ante esas mustias pupilas,
que no pueden contemplar
los tristes ojos do brota
amargo llanto indeciso,
devóralo, y si es preciso,
el cáliz de muerte agota.
(Arrodillándose á los piés de don Juan.)
¡don Juan, á quien yo adoré!
¿duermes, soñando en mi amor,
ó en el seno del Señor
me ves orando á tu pié?
(Poniéndole la mano sobre el pecho.)
¡Cielos! ¿si no fué ilusion....?
Mas no, duerme, duerme, sí,
que siento latir aquí
su valiente corazon.
¡Duerme!
(Levantándose, y con alegría delirante.)
¡Por Dios! si romper
puede la vida el dolor,
inmenso y desgarrador
hiere tambien el placer.
Al fin dichosa un momento,
don Juan, te podré mirar
sin que tenga que velar

el rubor mi sentimiento.
¡Oh! yo te adoro, don Juan;
mas si en tu sueño hai oidos,
y oyes, acaso perdidos,
los suspiros de mi afan;
y si no puedes ser dueño
del secreto que alcanzaste,
di que en sueños lo escuchaste,
por que nuestro amor es sueño.
Y si despierto mañana
á pedirme amores vienes,
solo encontrarás desdenes,
en la faz de doña Ana.
¿Cómo sacarle de aquí?
(Reparando en doña Isabel.)
¡Ah! ¡Isabel!

D.ª Isabel. *(Levantándose.)* ¡Hermana mia!

D.ª Ana. ¿Lloras?

D.ª Isabel. Sí, á don Luis queria.

D.ª Ana. ¿Y bien...?

D.ª Isabel. Le han muerto ¡ai de mí!

Dª. Ana. Yo le volveré á la vida;
(Dándole una llave.)
toma esta llave; al momento
llega, hermana, á mi aposento;
bajo mi lecho escondida
hai una caja; allí infiero
tengo un pomo de cristal;
luego, tomas un puñal
que hallarás en mi joyero.

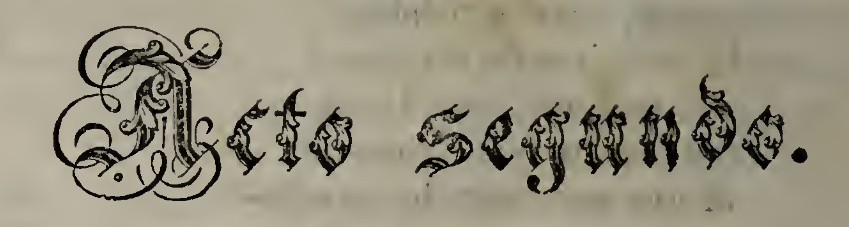
D.ª Isabel. *(Con ansiedad.)*
¿No ha muerto?

D.ª Ana. No, pero ve;
su vida está en mi aposento.

D.ª Isabel. ¡Oh, sí! *(Vase por el postigo del fondo.)*

D.ª Ana. ¡Señor, un momento,
y á los dos los salvaré!

FIN DEL ACTO PRIMERO.



Estancia arabesca: dos puertas pequeñas á la izquierda; otras dos iguales á la derecha; otra mayor al fondo: en el centro de la escena una mesa cubierta con tapete de brocado verde, y sobre ella dos candelabros con bujías de cera ardiendo; entre los candelabros sobre un cojin de terciopelo encarnado una corona semejante á la que usaban los reyes moros de Granada; alfombra, lámparas arabescas, etc. Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA ANA, *á la castellana y con antifaz, por la segunda puerta de la izquierda y con ella* DON LUIS Y DON JUAN.

D.ª Ana. Don Juan en vano insistis,
que quien soi no heis de saber.
D. Juan. ¡Cruel sois!
D.ª Ana. Bien puede ser.
D. Juan. ¿Mas porqué así os encubris?
¿Porqué el negro tafetan,
que guarda tantos primores,
ha de burlar los amores
del desdichado don Juan?
D.ª Ana. ¿Desdichado sois?
D. Juan. Lo fio.
D.ª Ana. ¿Y quién causa esa amargura?

D. Juan. Primero vuestra hermosura,
y despues vuestro desvío.
D.ª Ana. ¡Loco!
D. Luis. Señora, en verdad
tiene razon para estarlo
y debiérais disculparlo,
que es mucha vuestra beldad.
Mas, don Juan, en la ocasion
singular en que nos vemos,
solo las gracias debemos
al ángel de salvacion
de nuestras vidas.
D.ª Ana. Señores,
no mas, el tiempo es precioso.
D. Juan. Dejad de ese rostro hermoso
desnudos los resplandores;
dejádnoslo contemplar;
sed hasta el fin generosa.
D.ª Ana. Pedisme imposible cosa,
estoi como debo estar;
y sabed que obrando así
me asiste razon sobrada.
D. Juan. ¡Mal haya el hora menguada,
en que vuestro encanto vi!
D.ª Ana. ¿Mas quién os dijo que yo
soi aquesa doña Ana?
D. Juan. Vuestra voz.
D.ª Ana. Prueba liviana.
D. Juan. Mi corazon.
D.ª Ana. Se engañó.
D. Juan. Señora, escuchadme y luego
no me negueis lo que oí:
desdeñado de vos fuí
por pobre, y apelé al juego.
(Doña Ana hace ademan de hablar.)
No me interrumpais; comprendo
lo que decirme quereis.
D.ª Ana. Mas don Juan...
D. Juan. ¿Me escuchareis.?

D.ª Ana. Sí, seguid.

D. Juan. Iba diciendo
que como el loco que ve
toda su esperanza en tierra,
para ser rico, en la guerra
y en la fortuna pensé.
Tras el juego vine aquí;
diéronme vino aliñado
y sin fuerza, aletargado,
cual masa inerte caí.
Mas, por Dios, aunque no dueño
era del cuerpo adormido,
dejó despierto mi oido
aquel misterioso ensueño.
Yo escuché una voz sonora
que aun de placer me estremece;
voz que solo pertenece
á la mujer cuando adora.
Tal vez perfumado rizo
resbaló sobre mi frente
y el alma gozó indolente
subyugada á tanto hechizo.
Yo escuché vuestra voz pura
dando amor á mis amores,
llegar hasta mis dolores
timbrada por la ternura.
Sentí que alguno me alzaba
del sitio donde yacia,
y un brazo que me oprimia
á un seno que se agitaba.
Abrí los ojos y os vi,
cual hora, el rostro cubierto,
y junto á vos, ya despierto,
á mi amigo percibí.
Asombrado al conoceros,
porque el corazon no miente,
quise mostraros patente
lo que llegué á agradeceros.
Y vos, con ese desden

que dar sabeis al acento,
de aquí salid al momento,
dijísteis, que os cuadra bien.
Os burlásteis de mi afan
negándome vuestro nombre...
por lo tanto no os asombre
se niegue á salir don Juan.
(Se sienta.)

D.ª Ana. Mas ved...

D. Juan. De aquí no me muevo.

D.ª Ana. Os esponeis.

D. Juan. ¡Vive Dios!
si os pierdo señora á vos
á temer mas no me atrevo.

D.ª Ana. Pero dar á un sueño fe
es cosa....

D. Juan. Cosa seria
que nada disculparia
sin mediar lo que escuché.
Dijísteis: "te amo don Juan;
«mas si en tu sueño hai oidos,
«y oyes, acaso perdidos,
«los suspiros de mi afan;
«y si no puedes ser dueño
«del secreto que alcanzaste,
«di que en sueños lo escuchaste
«porque nuestro amor es sueño."
¿Porqué es sueño nuestro amor?
no temais, señora, hablar
que quien nos puede escuchar
es mi amigo y el mejor.
El lo ha oido, doña Ana...

D. Luis. Sí tal.

D. Juan. Como yo escuché....

D. Luis. ¡Don Juan!! *(Con orgullo.)*

D. Juan. Lo que no soñé.

D.ª Ana. ¿Qué?

D. Juan. El amor de vuestra hermana
hácia don Luis.

D Luis. *(Con profundo desden.)* Vamos luego
don Juan, y mas no insistais.
Haceis mal, cuando alentais
de amores sin fruto el fuego.
¡Qué! ¿no valemos los dos
y cada cual de por sí,
lo que mendigando aquí
nos humilla ¡vive Dios!

D.ª Ana. *(Con indescribible fiereza, en un acento en que la actriz debe procurar remedar la esclamacion de un bravo al sentir un insulto.)*
¡Caballeros!

D. Luis. *(Con terror.)* ¡Ah!

D. Juan. ¿Qué fué?

D. Luis. Esa voz es mi destino; *(Aparte.)*
del capitan Torbellino
el acento deliré.
¿si ese antifaz le encubriera?
(Alto.) ¿Y si yo os exijo ahora
nos mostreis la faz, señora?

D.ª Ana. *(Haciéndose atras y encarándose á los dos.)*
¡Accion miserable fuera!
Y luego os llamais soldados,
y de nobles blasonais,
y á una mujer insultais
de la nobleza olvidados.
Cuando la esencia pedí
que atajó el sueño mortal,
al par demandé un puñal
y ese puñal está aquí.
(Sacando de entre las ropas un pequeño puñal.)
Venid, llegad, caballeros,
á insultar á una mujer;
llegad su semblante á ver,
lucid los limpios aceros.
Mas si á cabo tal accion
llevar infames quereis,
antes que hasta mi llegueis
me hiero en el corazon.

D. Luis. Dejad el puñal, que en vano
requerísteis previsora,
que á vuestras ropas, señora,
no osará tocar mi mano.
Me escedí, quedad con Dios;
conozco que me engañé
que el que infame una vez fué
bien pudiera serlo dos.
De mi hermano el asesino
no obrara con tal nobleza,
os creí (ved que flaqueza)
un capitan Torbellino
á quien tengo que pagar
una deuda ya vencida.
D.ª Ana. Le debeis... *(Cuidadosa.)*
D. Luis. Vida por vida
hasta morir ó matar.
D.ª Ana. ¡Ah! *(Adelantándose y ocultando el puñal.)*
D. Luis. Perdonadnos; en vano
luchar mas ya no debemos.
Venid, don Juan, respetemos
lo insondable de este arcano.
(Se aleja y vuelve.)
Una palabra: ¿ceñida
á algun morisco será
esa corona?
D.ª Ana. Sí.
D. Luis. ¿Está,
por acaso, vuestra vida
ligada con esta empresa?
D.ª Ana. Sí.
D. Luis. ¿Y la servis?
D.ª Ana. Por deber.
D. Luis. ¿Y no le podeis romper?
D.ª Ana. Hai sagrada una promesa.
De lo que aquí sucedió,
de lo que vísteis, secreto
os exijo.
D. Luis. Os lo prometo.

D.ª Ana. ¿Y vos don Juan?

D. Juan. ¿Cómo no?

¿Algo se os puede negar?

D.ª Ana. ¡Don Juan! sois noble y valiente;
yo os amo; mas en la mente
debeis vuestro amor guardar.
Debeis guardarlo, y saber
que si vuestra ser no puedo,
lo que á don Juan no concedo
á nadie he de conceder.

D. Juan. ¿Ni una esperanza?

D.ª Ana. Si Dios
al pecador la concede
y hacer un milagro puede,
tened esperanza vos.

D. Juan. Luego ofendida....

D.ª Ana. No tal.
Os perdono, os restituyo
á mi gracia, aunque en mi orgullo
habeis clavado un puñal.
Si á vuestro amor no respondo
es, don Juan, porque no puedo,
y mi rostro no os concedo
porque con razon lo escondo.
¿Saldreis? *(Suplicante.)*

D. Juan. Saldremos, señora.

D.ª Ana. Silencio: aguardad, sentí
pasos; *(Mira por la cerradura de la primera puerta de la izquierda.)*
venid, por aquí;
(Mirando de igual modo por la primera de la derecha.)
tampoco, no, ya no es hora.
Será preciso ocultaros.

D. Juan. } *D. Luis.* } ¡Ocultarnos!

D.ª Ana. ¡Pronto, aquí!
(Abriendo la segunda puerta de la derecha.)
¡Oh! tened piedad de mí;
¡entrad!

D. Luis. ¿Qué exigis?

(Haciéndoles entrar por la segunda puerta de la derecha.)

D.ª Ana. Salvaros.

(Cierra la puerta, atraviesa rápidamente la escena y entra por la segunda puerta de la izquierda.

ESCENA II.

ABEN-ABÓ *por la primera puerta de la derecha;* GIRONCILLO *por la primera de la izquierda.*

Aben-abó. ¡Gironcillo!
Gironcillo. ¡Aben-abó!
Aben-abó. Silencio; tarde he venido
y todo lo hemos perdido;
ni el reino lograré yo
ni el alguacilazgo tú.
Gironcillo. Lo recelé.
Aben-abó. Y con razon,
que al fin nos hace traicion
el infame Hacen-Abú.
No fué bastante el tesoro
que entre sus manos pusimos:
cuando pábulo no dimos
á su inmensa sed de oro,
al primero que llegó
vendióse, olvidando infiel
que enriqueciéndose él
al par nos empobreció.
Y los Válor, los villanos
que de infamia se cubrieron
cuando de hinojos pidieron
un blason á los cristianos;
los renegados sin lei,
baldon de la estirpe mora,
darán, de raza traidora,
á Granada infame un rei.
Mas aun queda una esperanza,
Gironcillo.

Gironcillo. Sí, callar
y entre el silencio afilar
el puñal de la venganza.

Aben-abó. Rei será, pero ¡ay! su trono,
sobre arena cimentado,
pronto caerá destrozado,
y mui pronto, yo lo abono.

Gironcillo. ¡Aben-abó! ¡guerra á muerte!
ó perecer, ó triunfar;
seremos dos á luchar
y una será nuestra suerte.

Aben-abó. Acepto.

Gironcillo. Pues bien, escucha:
largos años han corrido
y aquí, solo, oscurecido,
siempre dispuesto á la lucha;
yo, de moros descendiente,
trasformado en un villano
he doblado ante el cristiano,
humilde, la altiva frente.
Me dijeron: tendrás misa,
y á sus iglesias corrí,
el odio encerrado aquí
(Señalándose el pecho.)
y en el labio la sonrisa.
Yendo á creces en la mengua
añadieron: desde hoi mas
en árabe no hablarás,
que es tu lengua nuestra lengua;
siempre de penas prolijas
para nosotros fecundos,
nos robaron iracundos
nuestras madres, nuestras hijas;
para colmo de la afrenta,
y en señal de vasallaje,
trocaron nuestro ancho traje
por su estrecha vestimenta;
y cuando ya del baldon
agotaron las maneras,

nos mostraron las hogueras
de su santa inquisicion.
Muchos, al ver tanta saña,
oyendo al miedo consejos,
fueron á morir mui lejos,
de nuestra adorada España.
¡Yo no! sin quejarme el hierro
del vencedor he sufrido
y á sus plantas me he tendido
con la paciencia del perro.
¡Pues bien! con la misma traza
que mi furor devoré
y á que surgiese esperé
la venganza de mi raza....

Aben-abó. ¿Que sufra, pretendes, yo
(Interrumpiéndole.)
cuando tengo en mi poder
las armas para vencer?
luchar sí, mas sufrir no.

Gironcillo. ¡Oh! ¿quién sabe?

Aben-abó. Ver á Zahara
esta noche necesito,
y he de verla aunque un delito
mi mano en sangre manchara.
¿Este aposento es seguro?

Gironcillo. Por tan seguro se abona
que atesora esa corona
(Señalando la que está sobre la mesa.)
ha diez años tras su muro.

Aben-abó. ¿Ha salido Zahara?

Gironcillo. No,
Pero guardándola está
el esclavo,

Aben-abó. Dormirá.

Gironcillo. ¿Quién ha de adormirle?

Aben-abó. Yo.

Gironcillo. *(Escuchando.)*
¡Calla!

Aben-abó. ¿Qué?

Gironcillo. Pasos sentí *(Yendo á la primera puerta de la izquierda y mirando por la cerradura.)*
Aben-abó. ¿Quién es?
Gironcillo. El negro.
Aben-abó. ¿Y quién mas?
Gironcillo. Solo; ocúltate; ahí detras.
(Señalándole la primera puerta de la derecha.)
Aben-abó. ¿Y tú Gironcillo? *(Entrando.)*
Gironcillo. Allí.
(Señalando la puerta del fondo y entrando por ella.)

ESCENA III.

EL ESCLAVO *con una linterna encendida por la primera puerta de la izquierda, examinando la escena.*

Aquí dos hombres hablaron;
al sentirme se ocultaron;
(Yendo sucesivamente á las demas puertas y empujándolas.)
¡cerradas! quizá escucharon
mis viejos oidos mal.
(Se adelanta al centro de la escena y deja la linterna sobre la mesa.)
Brillante corona de oro, *(Contemplando la corona.)*
de Granada real tesoro,
eres joya de un rei moro
y te guarda mi puñal.
En cuidosa centinela,
por tí las noches en vela
me hace pasar quien recela
vengan á robarte aquí;
y cuando rendido en tierra
el sueño mis ojos cierra,
dice una voz que me aterra
¡vela, esclavo, para mí!

(Con profundo abatimiento.)
El pobre esclavo está loco;
su vida vale mui poco:
el objeto que yo toco
á nadie tocar miré.
(Con desesperacion.)
¡Loco! ¡loco! sí, por ellos;
yo le así por los caballos,
puse mi pié sobre ellos
y el pecho le desgarré.

ESCENA IV.

DICHO, ABEN-ABÓ, *por la primera puerta de la derecha, adelantándose con lentitud.*

Esclavo. ¡Ah! ¿quién eres? ¿porqué vino
á sorprender el destino
del miserable asesino
quien le ha podido escuchar?
(Con fiereza echando mano al puñal.)
El tiene un puñal que hiere...
¡Quien sabe su historia... muere.!
Aben-abó. *(Adelantando y con calma.)*
¿Y si quien la escucha quiere
su historia hacerle olvidar?
Esclavo. ¡Tú!
Aben-abó. Yo; *(Con gran misterio.)*
pero es un secreto.
Esclavo. *(Suplicante.)*
¡Ah! yo callar te prometo:
Aben-abó. Tengo, esclavo, un amuleto:
el dios grande me lo dió.
Esclavo, ¡El dios grande! *(Con respeto fanático.)*
Aben-abó. Sí, era un dia
en que el sueño me rendia,
y yo al sueño resistia,
mas el sueño me venció.
Esclavo. ¡Ah! *(Con terror.)*

Aben-abó. Tendíme en el desierto;
estaba abrasado, yerto;
el viento callaba muerto,
brillaba, quemando el sol;
y mis ojos se cerraron,
mis pensamientos vagaron
de otro cielo que miraron
en el límpido arrebol.
¡Y cuán azul aquel cielo!
¡cuán bellas en blando vuelo,
trasparentes como un velo,
las nubecillas que vi!
Las vi mecerse livianas,
locas, ligeras, ufanas,
las frescas auras tempranas
fragantes llevar tras sí.
Y al lejos, sobre la tierra
miré elevarse una sierra,
blanca la nieve que encierra
al sol naciente lucir.
Bordada de mil colores
con el matiz de sus flores,
con arroyos bullidores,
una vega vi reir.
Y allá de un monte en la frente,
de la sierra en la vertiente,
sobre la vega riente,
vi elevarse una ciudad;
sobre sus torres almenas,
sobre sus puertas cadenas,
sus calles de gente llenas
en inmensa variedad.
Y en la altura, cual tesoro
que á su paso dejó el moro,
labrado con blanco y oro,
un alcázar llegué á ver.
Era aquello una granada
de mil jardines bordada,
á quien miraba arrobada

la luz del amanecer.

(Pausa, durante la cual Aben-abó observa al esclavo fascinado por el relato del sueño.)

Ansié mirarme en su centro;
pasé las puertas adentro
y fué mi primer encuentro
un negro.

Esclavo. ¡Un negro! *(Con admiracion.)*

Aben-abó. Sí á fe.
Llevaba verde marlota,
albornoz que al aire flota,
negra pluma en la garzota.

Esclavo. ¡Ah! ¡no, no! *(Con terror.)*

Aben-abó. *(Con profunda calma.)* Yo lo soñé,
Pasó una calle, otra calle;
de lejos, por no avisalle
le seguí y pude miralle
en hidalga casa entrar.

Esclavo. ¡Ah! no era yo. *(Con mas terror.)*

Aben-abó. *(Con doble calma.)* Lo soñaba:
el sueño se deslizaba;
mientra en la calle aguardaba,
al negro volví á mirar.
Abrió su albornoz el viento,
yo vi su traje sangriento,
miró en redor un momento,
y luego á correr se dió.

Esclavo. ¡Ah no era yo! *(Trémulo.)*

Aben-abó. *(Con acento sombrío.)* Lo veia
en el sueño que seguia;
mientras el negro corria,
algo corriendo perdió.
Alcé el objeto perdido.

Esclavo. ¡Era de oro..! *(Con ansiedad.)*

Aben-abó. Guarnecido
de aljófar y en él prendido
un retrato:

(Sacando un objeto del bolsillo y mostrándolo al esclavo.)

aqueste es.

Esclavo. ¡Aparta!! (*Horrorizado.*)
Aben-abó. (*Implacable*) ¡Mira!
Esclavo. (*Mirando el retrato con una fascinacion terrible.*) ¡El cristiano!
¡el que ensangrentó mi mano!....
Aben-abó. El que robaste villano (*Guardando el retrato.*
al verle muerto á tus piés.
Aun siguió el sueño; nublóse
el cielo, escuchar dejóse
el trueno, y triste mostróse
del relámpago el fulgor.
Huyó la ciudad galana;
cesó la brisa liviana;
á la luz de la mañana
prestó la sombra su horror.
Color de sangre la luna
brillaba en una laguna,
y la vision importuna
sangre por aguas me dió.
Y en resplandor aciago,
allá del fondo del lago,
con roja cruz de San-Tiago
ornado, un noble salió.
«Yo perdono á mi asesino,
«me dijo el hombre sanguino,
«no fué él, fué mi destino,
«quien la vida me arrancó.»
Y luego su mano fria
sentí posarse en la mia,
que helada se estremecia,
y este pomo me dejó.
(*Mostrando un pequeño pomo al esclavo.*)
Esclavo. ¿Y ese pomo..?
Aben abó. Es el olvido:
apura su contenido,
y, cual si no hubiera sido
por tí crímen, dormirás.
Esclavo. ¡Ah! ¡dame! ¡dame!
(*Arrebatando el pomo á Aben-abó y apurándolo.*)

Aben-abó. (*Aparte.*) ¡Insensato!
sabe Alá que si le mato,
crímen con crímen combato.
Esclavo. ¡Ah! ¡el olvido!
Aben-abó. (*Con acento solemne.*) ¡Olvidarás!
Esclavo. Yo entre los bosques vivia...
me hicieron esclavo un dia...
y al fin mi tierra, que huia,
miré perderse en la mar.
Quiero tornar á mi tierra:
allí no haï odio ni guerra;
¡ah! ya mi vista se cierra.....
(*Con voz desfallecida.*)
yo tambien voi á soñar.
Aben-abó. Muere ¡infeliz! ¿qué me importa
si en mi carrera atrevida
halla mi planta una vida
y sin pararse la corta?
Esclavo. ¡El olvido! (*Espirante.*)
Aben-abó. Sí, sí, ven;
(*Arrastrándolo al fondo.*)
mui pronto transido, yerto,
caerás á mis plantas muerto,
y que estés aquí no es bien.
Esclavo. ¿Dó me llevas?
Aben-abó. (*Abriendo la puerta del fondo.*) A tu tierra.
Esclavo. ¿Y olvidaré?
Aben-abó. (*Arrojándole dentro.*) ¿Qué se yo?

ESCENA V.

ABEN-ABÓ, GIRONCILLO, *por la puerta del fondo.*

Gironcillo. ¡Oh! ¿qué has hecho, Aben-abó? (*Horrorizado.*)
Aben-abó. Un cadáver; nada; cierra.

ESCENA VI.

DICHOS, DOÑA ANA, *por la segunda puerta de la izquierda con antifaz.*

D.ª Ana. ¡Un cadáver á tus piés!
Si atraviesa en tu camino
á un hombre oscuro destino
debe morir.... Eso es.
(Con sarcasmo.)
Es bueno dar de barato
escrúpulos de conciencia,
y si estorba una existencia
se apela al asesinato.
Que ya en el mundo se abona
para lograr ambiciones,
teñir de sangre escalones
si hai al fin una corona.
Hombre que arrostra el delito,
sin que el delito le asombre,
es... lo que se llama un hombre:
yo un hombre así necesito.
Aben-abó. ¿Quién sois, la que de ese modo
osais hablar encubierta?
D.ª Ana. Soi quien tras aquella puerta
(Señalando la segunda de la izquierda.)
llegó á comprenderlo todo.
Tú quieres ser rei, *(A Aben-abó.)*
y tú, *(A Gironcillo.)*
gran justicia... no lo estraño:
mas os lo impide el engaño
del Alfaquí Hacen-Abú.
Prodisgásteis los tesoros,
que del cristiano salvásteis,
y ser por ellos soñásteis
al cabo, reyes de moros.
Yo tambien lucho y luché,
pero con suerte enemiga:
formemos pues una liga;

me salvais, y os salvaré.
¿Sí ó no?

Aben-abó. La demanda estraño:
cuando así nos espiais
y vuestro rostro velais,
es de temer un engaño.

D.ª Ana. Dejemos plática ociosa.
¿Buscábais...?

Aben-abó. Una mujer.

D.ª Ana. ¿Para qué?

Aben-abó. Para vencer.

D.ª Ana. ¿Tanto puede?

Aben-abó. Es poderosa.

D.ª Ana. ¿De qué modo?

Aben-abó. Es un secreto
que solo debe saber.....

D.ª Ana. ¿Esa buscada mujer?

Aben-abó. Aclarásteis mi concepto.

D.ª Ana. ¿Y es una historia?

Aben-abó. Quizá.

D.ª Ana. ¿Terrible?

Aben-abó. De maldicion.

D.ª Ana. ¿Os la dijo..?

Aben-abó. La ocasion.

D.ª Ana. ¿Y si esa mujer está
á vuestro lado?

Aben-abó. Querré
ver su rostro.

D.ª Ana. Le vereis.
Mas aquí no pronuncieis
su nombre.

Aben-abó. Lo callaré.

D.ª Ana. ¿Estais satisfecho?

(Levantándose un momento el antifaz de modo que solo pueda ver su rostro Aben-abó.)

Aben-abó. *(Con alegría.)* ¡Oh! sí.

D.ª Ana. ¡Gironcillo! ¡Aben-abó!
pues la suerte nos juntó
para la venganza aquí;

juradme por vuestra lei
ser fieles, cual yo os lo juro
por el nombre santo y puro
de la Vírgen de mi grei.

Aben-abó. *(Tomando la corona de sobre la mesa.)*
Por la corona que así
veis en mis manos brillar
fundada por Alhamar,
perdida por Boabdelí;
por los veinte fuertes reyes
que sin mancha la ciñeron
y grandes y justos fueron,
por sus armas y sus leyes,
por el Alcoran bendito,
por el nombre del profeta,
el traidor que comprometa
nuestra empresa, ¡sea maldito!
(Dejando la corona.)

Gironcillo. Yo juro tambien; que hiera
al traidor puñal villano
y alce para él, el cristiano
de su inquisicion la hoguera.

D.ª Ana. ¡Basta! ¿esa historia?

Aben-abó. Es la vuestra.

D.ª Ana. ¡La mia! en verdad lo estraño.

Aben-abó. Para probar no os engaño
os puedo dar una muestra.
(En voz baja.)
¿Cuál os nombrais, que no atino
si sois Zahara, ó doña Ana,
la morisca, la cristiana,
ó el capitan Torbellino?

D.ª Ana. De los tres, por cualquier nombre
responderé.

Aben-abó. ¿Conocísteis
á quien la vida debísteis?
responded y no os asombre
esta pregunta.

D.ª Ana. Hija suya

un morisco me declara.

Aben-abó. Y si no fuera...

D.ª Ana. Dudara
de vos y de quien lo arguya.

Aben-abó. Hiciérais mal en dudar;
aun no hace mucho, señora,
que una historia aterradora
habeis podido escuchar;
y aquel noble asesinado
por una traicion villana,
de vos y de vuestra hermana
fué el padre desventurado.
¿Veis este retrato? *(Mostrándoselo.)*

D.ª Ana. Sí.

Aben-abó. ¿Le conoceis?

D.ª Ana. ¡Me estremece! *(Examinándolo.)*

Aben-abó. ¡Oh! sí, porque se os parece
enteramente.

D.ª Ana. ¡Ai de mí!

Aben-abó. Junto al retrato me auxilia,
por dar fuerza á mi argumento,
este blason opulento.

D.ª Ana. ¡El blason de mi familia!

Aben-abó. Hai dos torres en dos lomas
y es la empresa en campo de oro:
*"por Dios y el rei contra el moro,
son marqueses los Colomas»*
¿No es verdad que os causa miedo
aquesta historia terrible?

D.ª Ana. ¡Oh! si es verdad, es horrible.
Mas sí, que negar no puedo
á tanta prueba mi fe:
¡mi padre! y yo que he servido *(Aparte.)*
de ese moro mal nacido
el crímen....

Aben-abó. *(Aparte.)* ¡Oh! ¡triunfaré!

D.ª Ana. Dijísteis que era mi nombre!

Aben-abó. ¡Cierto! doña Ana Coloma.

ESCENA VII.

DICHOS, DON JUAN *por la segunda puerta de la derecha.*

D. Juan. Aquí falto yo: se toma
mi apellido: no os asombre.
Ademas, estoi cansado
de lo oscuro y lo escondido,
y que no tomeis os pido
mi presencia á desagrado.
Aben-abó. ¡Castellano!
D. Juan. Vos callad;
y vos no frunzais el gesto, *(A Gironcillo.)*
que aun tengo el vino indigesto,
y no respondo en verdad
de mi sangre.
Gironcillo. ¡Caballero!
D. Juan. Y hai aquí tanto de estraño
que mal mi paciencia amaño.
Aben-abó. ¡Id de aquí!
D. Juan. *(Sentándose)* Ved que no quiero!
D.ª Ana. ¡Don Juan! ¡don Juan!
D. Juan. Doña Ana,
á medias quien sois ya sé;
mas sin saber no saldré
si sois mi prima ó mi hermana.
Ya veis que tengo derecho,
señores, de estar aquí.
Aben-abó. Mas....
D. Juan. De todo cuanto oí,
nada saldrá de mi pecho.
¿Qué me importa que villanos
contra el rei alceis bandera,
si en campo abierto me espera
el haberos á las manos?
Gironcillo. ¡Don Juan!!! *(Con furor.)*
D. Juan. *(Levantándose.)* Silencio, señores;
vuestra posicion es grave

y que la forceis no cabe,
porque os llamaron traidores.
Si la razon con que hablo
no os pareciere abonada,
deshaga dudas la espada
y armemos una del diablo.

Aben-abó. ¡Abusais!

D. Juan. Ved no os pregunto.

Gironcillo. Es que....

D. Juan. *(Empuñando.)* ¡Callad, vive Dios!
ú os acuchillo á los dos.

Aben-abó. No es para tanto el asunto.
Aunque me pesa, y no poco,
que en aqueste lance estremo
tercieis, don Juan; tal os temo
por imprevisor, por loco.
De tutela libertado,
hace... diez años ¡cabal!
con un inmenso caudal
os dieron un marquesado.
Hallásteis sin mengua alguna
la hacienda de vuestro tio;
¿y qué hicisteis, señor mio,
de tan brillante fortuna?
Como no os costó trabajo,
en juegos y devaneos,
en fiestas y galanteos,
aquí rompo, allá desgajo,
fué á poder de un usurero
vuestra hacienda disipada,
y solo os quedó una espada
¡vive Dios! de aventurero.
Mas, al hallaros perdido,
habeis cuidoso ocultado
vuestro nombre y vuestro estado,
y en eso, cuerdo habeis sido.

D. Juan. ¡Mucho sabeis!

Aben-abó. ¡Aun mas sé!
y, aunque tengo en gran estima

la suerte de vuestra prima,
todo os lo revelaré.
Por si alguno nos sorprende (*A Gironcillo.*)
será bien que á aquella puerta
(*Señalando la primera de la derecha.*)
estés, Gironcillo, alerta.

Gironcillo. Descuidad.
(*Entra por la puerta indicada.*)

ESCENA VIII.

DICHOS, *menos* GIRONCILLO.

D.ª Ana. Mi afan atiende.

D. Juan. Os escucho.

Aben-abó. Ha veinte años
vuestra madre doña Ana,
llegó á la muerte cercana
sufriendo males estraños.
Dos niñas recien nacidas
dormian junto á su lecho,
y en inquietudes deshecho,
junto á sus prendas queridas,
estaba el marques cuidoso,
á un médico interrogando
y su respuesta esperando
acongojado, afanoso.
«Esas niñas vivirán,
«mas no es mi saber de suerte
«que arrancar pueda á la muerte
«horas que finando van.
«Perdereis á vuestra esposa»
dijo el médico, y salió.

D. Juan. ¿Quién era el médico?

Aben-abó. Yo.
Afuera, encontré llorosa
una dueña; al par un hombre
entró por esotra puerta,
que al acaso encontró abierta,

y la llamó por su nombre.
Me oculté, su vigilancia
burlando; rayaba el dia
y una lámpara sombria
mal alumbraba la estancia.
—¿Quieres que tu ama no muera?
dijo el hombre que entró allí—
—sígueme —yo le seguí
hasta el pié de la escalera.
Allí un esclavo aguardaba;
á la dueña ponderó
su ciencia quien la guió
y ella, que salvar ansiaba
á su señora, dió fe
á promesas de traidor,
y condujo al matador,
mas su cómplice no fué.

D. Juan. ¿Y vos que estábais allí
permitísteis...?

Aben-abó. Mal mi grado,
que aunque estrañé lo escuchado,
un crímen no concebí.
El esclavo al fin salió;
yo vi su traje sangriento,
miró en redor un momento
y luego á correr se dió.
Di tras él por largo rato,
mas al llegar á su alcance,
por intencion ó percance,
lanzó á mis piés un retrato.

D. Juan. Y el esclavo....

Aben-abó. Huyó sutil
mientras el retrato alcé.
Volví á la casa y hallé
en ella á Diego Alguacil.
Junto á vuestra madre muerta,
vuestro padre muerto vi,
y, apenas tornada en sí, la dueña
de espanto yerta.

Al lado de vuestra cuna
Diego Alguacil indeciso
estaba; el profeta quiso
llevarme allí por fortuna.
¡Llorais! ¡por Alá! doña Ana,
tambien entonces lloré,
cuando dormida os miré
abrazando á vuestra hermana.

D. Juan. Y luego?

Aben-abó. Aparté el puñal
y acaso por ello fuí
herido, empeñando allí
una lucha desigual.
Ved la cicatriz.
(Abriéndose la ropilla.)

D. Juan. ¡Por Cristo!
¿y al hombre que las salvó
he podido ofender yo?
olvidad cuanto habeis visto
en mi desden de injurioso:
Aben-abó, esta es mi mano;
(Tendiéndosela.)
aceptadla, que no en vano
habeis sido generoso.
Estrechadla, vive Dios,
y para aquesta partida
en que jugais honra y vida
podeis contar con los dos.
(Señalando á doña Ana.)
Y aun os ofrezco un tercero:
(Volviendo á la segunda puerta de la derecha.)
Venid, don Luis, aunque moro,
vale en nobleza un tesoro
por valiente y caballero.

ESCENA IX.

DICHOS, DON LUIS *por la segunda puerta de la derecha.*

D. Luis. Sí, don Juan, cuanto he oido
me conmovió á mi despecho;
(A Aben-abó tendiéndole la mano.)
estoi de vos satisfecho
y vuestra amistad os pido.
Aben-abó. *(Aceptando la mano de don Luis.)*
¡Oh! ¡gracias! ¡gracias! me haceis
admirándome una afrenta,
al par que tengo en gran cuenta
la amistad que me ofreceis.
D.ª Ana. Y yo, que tanta hidalguia
admiro; yo, que velada
guardo mi frente manchada,
llenaré la parte mia.
D. Juan. ¡Doña Ana! *(Con estrañeza.)*
D.ª Ana. Oid Avendaño:
vos un hermano tuvísteis
y en la Flandes lo perdísteis,
asesinado, hace un año.
D. Luis. Es verdad.
D.ª Ana. Aquel hermano
á una mora deshonró
y luego la abandonó.
D. Luis. Es verdad.
D.ª Ana. Su amor insano
llevó á la tumba á la mora;
mas un su hermano....
D. Luis. ¡Acabad!
D.ª Ana. ¡Mozo valiente en verdad!
como, de muerte en la hora,
su triste afan le dijese
la desdichada Zafira,
juró, de Dios por la ira,
matar al vil do le hubiese,
y cual pudo le mató.

D. Luis. ¿Quién os ha dicho esa historia?
D.ª Ana. Siempre vive en mi memoria,
que aquel hermano era yo.
Reparad. *(Arrancándose el antifaz.)*
D. Luis. *(Retrocediendo.)* ¡Ah!
D.ª Ana. *(A don Luis.)* ¿Comprendeis
porqué mi rostro velaba?
¿porqué amores os negaba
al cabo don Juan sabeis?
¿Conocereis sin arnés *(A don Juan.)*
al capitan Torbellino?
¿no os hará perder el tino
hallarle con guardapiés?
Dar fin á su triste vida
sé que vuestro afan juró,
y al fin me levanto yo
para aceptar la partida.
D. Luis. ¡Ira de Dios! le pedí
me permitiese encontrar
al vil, y le vengo á hallar
en una mujer aquí.
Ansié la sangre verter
que de soldado creia....
que jamas yo verteria
la sangre de una mujer.
D.ª Ana. ¡Cuán noble! *(Aparte.)*
Aben abó. Hablásteis en vano:
en todo lo que escuchásteis
don Luis, un puñal hallásteis,
mas aun se oculta la mano.
D. Luis. ¿Luego ella ha sido...?
Aben-abó. El puñal.
D. Luis. ¿La mano?..
Aben-abó. Vamos con tiento;
aquí se suspende el cuento.
D. Luis. ¿Y vos..?
Aben-abó. Le sé hasta el final.
D. Luis. Pues confiádmele.
Aben-abó. Aun no;

cruda venganza anhelais;
mas, á la par, no ignorais
la ambicion que guardo yo.
Si esperásteis anhelante,
desesperado aguardé,
y acaso desconfié
de salir del lance avante.
A la fin, cuatro intereses
conseguí enlazar al mio,
y con ellos desafio
de la suerte los reveses.
Vos, doña Ana, teneis
vuestro padre á quien vengar;
vos, don Luis, quereis pagar
esa vida que debeis.
Por su amor está don Juan
á mi interes enlazado,
y me sirve de aliado
Gironcillo por su afan.
Llevaros puede mi mano
al fin que por varios modos
buscamos con ansia todos
desorientados en vano.
Ahora dejadme, señores,
vuestra palabra por prenda
de que marcho en una senda
que no he abierto á traidores;
juradme obedecereis
sin dudar lo que hora os diga,
si á mancillar no os obliga
el honor por quien jureis.

D. Juan. ¿Y por ello qué esperamos?

Aben-abó. Pondré muerto á vuestros piés
de don Gaspar y el marques
al matador.

D. Luis. Lo juramos.

D. Juan. Juramos cual deseais
¿Las condiciones..?

Aben-abó. Callar

lo que os dijo este lugar,
y que á la guerra partais.
Y donde quiera os halleis
si un hombre os dice: «ya es hora»
á esa seña, sin demora,
al tal hombre seguireis.

D. Juan. ¿Y no podemos saber?

Aben-abó. Aun no es hora, id y esperad;
y antes, don Luis, perdonad
cual debeis á esta mujer.
(Señalando á doña Ana.)
Fatalidad de su sino
á tal estremo la trajo;
harto la dió de trabajo
y dolores el destino.
A la que hermana creyó,
dió venganza cual debia,
y ella, entended, no os diria,
don Luis, lo que os digo yo.

D.ª Ana. ¡Aben-abó! *(Con orgullo.)*

D. Luis. Os adivino;
y ya seais doña Ana,
la idólatra, la cristiana,
ó el capitan Torbellino,
yo os perdono por mi hermano;
al sueño vuestra pupila
cerrad, señora, tranquila
sin ver sangre en vuestra mano.
Dios perdone como yo,
la herida que dentro el pecho
guarda el corazon mal trecho
á la mano que la abrió.

D.ª Ana. ¡Ah! gracias gracias, don Luis,
sois noble, cual noble soi
y, por Dios, dudando estoi
si lo que escuché sentis.
Dejadme, si no mirar
quereis el llanto en mis ojos,
que á fe me causara enojos

el que me viérais llorar.
Partid; conducidlos vos; *(A Aben-abó.)*
ya es hora.
Aben-abó. *(A los dos.)* Venid.
D.ª Ana. *(A Aben-abó.)* ¿Sabeis
la seña?
Aben-abó. Me la direis.
D.ª Ana. Tunez y Fez....
(Don Juan quiere hablar á doña Ana; esta le hace un ademan de silencio.)
Id con Dios.
(Vanse por la primera puerta de la derecha.)

ESCENA X.

DOÑA ANA.

¿Fué sueño ó falaz quimera?
el uno me perdonó;
el otro su amor me dió
en su mirada postrera.
¡Su amor! guarda tu esperanza
corazon, pues considero
que te debes todo entero
de mi padre á la venganza.
Miserable, que de mí,
débil paloma, creaste
águila, que no soñaste
clavase su garra en tí;
sigue á la fiera, Zahara,
dijiste; ve por los cerros,
tras los cazadores perros,
siempre en el arco la jara;
deja de mujer el nombre;
hazte fuerte en la fatiga,
para cuando yo te diga:
¡necesito muerto un hombre!
la mujer es débil cosa...
yo quiero que fuerte seas

y con los bravos te veas
en la liza polvorosa.
¡En liza estamos los dos
frente á frente por tu mal,
y en el duelo por igual
tendremos cual juez á Dios.

ESCENA XI.

DICHOS, ABEN-ABÓ *por la derecha.*

D.ª Ana. ¡Oh, Aben-abó, te esperaba!
Aben-abó. Y yo en tu busca venia;
ya están esos castellanos
en salvo.
D.ª Ana. Que Dios propicia
suerte les dé; mas ahora
solo un sentimiento agita
mi pensamiento y le llena:
en donde el odio se anida
calla el amor si mas alto
de la sangre la voz grita.
Quiero conocer al hombre
que asesinó á mi familia;
quiero verle ante mis plantas
luchando con la agonía.
Aben-abó. Le verás; mas es preciso
para ello que solícita
á un hombre á quien aborreces
muestres de amor la sonrisa;
que en tus miradas le aduermas
y á tu voluntad le rindas.
D.ª Ana. ¡Cómo! al hombre á quien detesto
tener siempre ante mi vista?
¿escuchar la queja impura
de un amor que me horroriza?
¿yo alentar de Aben-Humeya
la pasion?

Aben-abó. Cosa es precisa
si quieres que tu venganza
cuando yo me vengue, sirva.

D.ª Ana. ¿Y pones á tu secreto
el precio de mi ignominia?
¿Que sacrifique pretendes
por tí mi paz y mi dicha?
¡jamas..! daré por mi padre
sin dudar mi triste vida,
mas enlazarme á ese hombre
¡jamas! ¡oh! me mataria
su amor.

Aben-abó Tanto no te exijo:
dale esperanzas prolijas;
haz que de amor enloquezca;
fascínalo con caricias,
y en tanto que sueña loco
trabajaré noche y dia
sin descanso, hasta que tenga
una bandera que sigan
parciales mios. La lucha,
aunque oculta será activa,
y mui pronto....

D.ª Ana. Bien, mi odio
ocultaré, mi sonrisa
engañará á Aben-humeya:
le adormirán mis caricias;
satanas, con rostro de ángel
seré para él; mas si un dia
le vences, y por acaso
descubro que he sido víctima
de tu ambicion, si vengarme
no logro.. ¡tiembla mi ira!
aunque la huyeses, menguado
oculto en remotos climas,
allí de mi fuerte brazo
el golpe te alcanzaria...

Aben-abó. En buen hora; nada temo...
mas alguno se aproxima.

A dios. Ten siempre presente
que en tí mi venganza estriba.
(Vase por la derecha.)

ESCENA XII.

DOÑA ANA, *despues* DIEGO ALGUACIL.

D.ª Ana. Yo serviré tu venganza
mas ¡ai si engañas la mia!
¿Quién va? ¡Ah traidor.!
(Aparte reconociendo á Diego que se adelanta.)
Diego. ¿Porqué causa
te encuentro tan conmovida?
D.ª Ana. Corazon, guarda tu enojo. *(Aparte.)*
Miedo tuve; esa imprevista *(Alto.)*
alarma; los estampidos
del arcabuz, que traia
el viento de Bibarrambla
me aterraron; y escondida...
Diego. ¡Tú temblar...!
D.ª Ana. ¡Ah padre mio!
no me conozco: la misma
que hizo dudar si era hombre
ó mujer, no soi ya; tímida,
cualquier ruido me estremece,
cualquier sombra me horroriza.
Diego. Mujer al fin... los amores
de alguno quizá afeminan
tu carácter.
D.ª Ana. Padre mio...!
mi corazon no se agita
aun de amor.
Diego. Y aquese Alférez
que ronda las cercanias
de mi casa, eternamente
pasa la noche en vigilia
tan solo por ver la reja
junto á la cual en continua

cantinela no nos deja
dormir?

D.ª Ana. No temais que insista;
le desengañé esta noche.

Diego. Una prueba, y si sumisa
te encuentro podré creer
lo que me dices.

D.ª Ana. Cumplida
prueba os daré. ¿Qué exigis?

Diego. Que seas dichosa; suspira
por tí un hombre que á tu frente
ceñirá de Andalucía
la còrona. Un regio tálamo
con sus amores te brinda,
y aunque en verdad bien conozco
que los años de su vida
doblan tu edad, á la fin
es galan; esclarecida
sangre de reyes circula
por sus venas; tu familia
se elevará.

D.ª Ana. ¡Miserable! *(Aparte.)*

Diego. ¿Qué dices?

D.ª Ana. Que si mentira
no es ese amor, que si pruebas
tengo de él, quizá mi dicha
hará.

Diego. ¿Qué he escuchado? ¿sueño,
ó por acaso deliras?
¿no me has dicho que aborreces
á Aben-Humeya?

D.ª Ana. Así un dia
pensé, mas tanta constancia
á mi despecho me obliga.

ESCENA XIII.

DICHOS, ABEN-HUMEYA.

Aben-Hu, ¡Oh! ¡gracias, gracias, señora!

D.ª Ana. ¿Me escuchábais?

Aben-Hu. Quien codicia
un tesoro, quien se afana
por el logro de una dicha,
si al llegar junto á una puerta
oye en la boca querida
su nombre, entended señora
que no bastan hidalguias,
ni discrecion á estorbar
que el alma tributo rinda
á su flaqueza y ansie
saber lo que tanto estima.

D.ª Ana. Cuánto padezco. *(Aparte.)* Galante *(Alto.)*
sois por demas.

Aben-Hu. Solo anima
mis pensamientos amor;
por vos en honda vigilia
paso sin sueño las noches
y sin ventura los dias....
ni la ambicion, que mi sangre
heredada de califas
poderosos atesora,
ni de mi raza la cuita,
ni la afrenta de mi padre,
ni cuanto el cielo cobija,
pueden borrar el recuerdo
que vuestro encanto me inspira.
Decidme que me amareis,
una esperanza indecisa
dadme y pondré á vuestras plantas
mi corona con mi vida.

D.ª Ana. Tenedla; mas escuchad:
si quereis que agradecida
vuestros amores me inspiren
igual amor, con sumisa
resignacion esperad
á que á vuestro afan me rinda.
Juradme pleito homenaje
y obediencia; soi altiva,

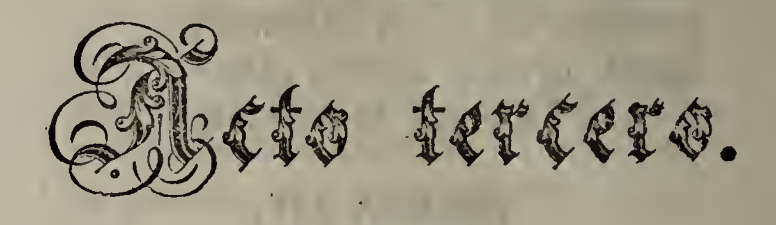
lo sabeis. Mi voluntad
contra la opresion se irrita,
y esclavo ha de ser el hombre
que á mi amor amores pida.
(Vase por la derecha.)

ESCENA XIV.

ABEN-HUMEYA, DIEGO ALGUACIL.

Aben-Hu. ¡Cuán hermosa! ¿no es verdad,
Diego Alguacil, que esa niña
es un tesoro?
Diego. En locura.
Aben-Hu. Su hermosura me fascina.
¿Mas qué rumor?..
(Se oye rumor de gente que se acerca.)
Diego. Los creyentes
son que acuden á la cita.
¿Tiemblas?
Aben-Hu. Si traidor me vende
ese Alfaquí.....
Diego. En vuestra cinta
hai una daga.
Aben-Hu. Es verdad.
Escuchar la profecía
quiero: ¿dó ocultarme?
Diego. Allí. *(Señalando la puerta del fondo.)*
Ya á esa puerta se avecinan;
¡entrad!
Aben-Hu. ¡Ay! *(Entrando.)*
Diego. ¿Qué fué?
Aben-Hu. Un cadáver.
Diego. Pasad, pasad por encima;
¡cuando se buscan coronas
los cadáveres se pisan!
(Cierra la puerta, multitud de moros van entrando por la derecha y se estienden por la escena.) (CAE EL TELON.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.



Acto tercero.

Lugar escabroso en las Alpujarras junto á Andarax; en primer término un rompimiento de caverna, y junto á él á la izquierda las ruinas de una ermita; en segundo término pinos y rocas; al fondo en lontananza un torreon moruno perdido casi en la oscuridad. Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

ALí *sobre una roca al fondo, observando como en espera;* NIVEL *y* HASCEN *en primer término sentados sobre piedras de las ruinas junto á una hoguera.*

Hascen. Cansado estoi de esperar.
¡Por Alá! que en esta tierra
es harto dura la guerra.
¿Quién manda á un hombre de mar,
doblegando su costumbre,
á esta sierra, donde hiela
el crudo viento que vuela
zumbando de cumbre en cumbre.

Nivel. Mal nos quiso Aluch-Alí
cuando tal nos ordenó.
¡Por la gente que murió
en Lepanto! que si aquí
fortuna un trono me diera,
sin dolor lo desdeñara,
y aun á Granada trocara
por mi valiente galera.

Verla en el golfo argelino
el rojo pendon al viento
ir del líquido elemento
sobre el lomo cristalino;
verla flotando en mar alta,
tendidas las anchas velas,
dar caza á las carabelas
de los cruzados de Malta;
y dócil, la brisa en popa,
verla entrar al abordaje,
vale mas que el vasallaje
del mejor reino de Europa.

Alí. (*Que ha descendido de la roca y le ha escuchado.*)
Por supuesto, si no van
entrando por igual suerte,
mensajeras de la muerte,
las galeras de don Juan.

Hascen. ¡Don Juan de Austria! mucho espanto
te inspira.

Alí. ¿Y quién no tembló,
si á su galera abordó
en la rota de Lepanto?
¿Quién fué el capitan valiente
que vido cobarde huir
á Barba-roja, al Emir
de los mares de occidente?
Yo le vi de sangre tinto
á la suerte dominando,
la sangre imperial honrando
del soberbio Cárlos Quinto;
y si tuve una esperanza
de sacar de aquesta sierra,
cual prez de vencida guerra,
la cuchilla de mi lanza;
si á Mondéjar no temí,
y sus tercios desprecié;
de terror, al par, me helé
cuando á don Juan vide aquí.
Por don Felipe el segundo

su pica en Flandes plantó,
y al Flamenco dominó
con admiracion del mundo.
Y ¡ai de la triste Alpujarra!
si adelantando en su tierra
ese tigre de la guerra,
la clava su fuerte garra!
En Válor nos destrozó,
en Cádiar, de breña en breña
á la vista de su enseña,
cejar cobardes nos vió;
y si á la prudencia escucha
nuestro rei Aluch-Alí,
debe sacarnos de aquí,
ó quedamos en la lucha.

Nivel. ¡Por Alá! fuera cruel
vender á nuestros hermanos,
y volver como villanos
á ser deshonra de Argel.

Alí. Nuestros hermanos no son (*Con desden.*)
los que así nos comprometen!
¿Porqué al peligro arremeten
si han de manchar su pendon?
Aben-Humeya, cobarde,
sin velar por su corona,
ó al deleite se abandona,
ó lucha mal, poco, y tarde.
Aben-abó, aunque es valiente,
ofendido ó descontento,
cuando ha menester aliento,
se abandona negligente;
y aquese morisco enjambre
gente ociosa y desvandada,
ó perece por la espada
ó á los rigores del hambre.
Esperando á Aben-abó
aquí estamos; aun no vino;
quizá receló el camino
y en Andarax se adurmió.

En tanto, yertos de frio,
velamos en larga espera,
¡vive Dios! mejor nos fuera
al servicio de un judio.

ESCENA II.

DICHOS, ABEN-ABÓ *por las ruinas, que se adelanta hácia los turcos.*

Aben-abó. ¿Quién dijo aquí que débil y cobarde
Aben-abó dormia?
(Nivel, Hascen y Alí se levantan en señal de respeto.)
¿A quién parece tarde?
¿Quién de valiente alarde
hace aquí, mancillando la honra mia?
Alí. *(Con respeto.)* ¡Capitan!
Aben-abó. ¡Por Alá! ¿yertos de frio
los que se llaman leones africanos?
¿Los que hallan á su brio
pequeño el poderio
de los rojos pendones castellanos?
(Adelantando hasta ellos.)
¡Dejad de alimentar aquesa hoguera!
Cuando acecha escondida,
á la presa que espera,
ni el frio la intimida,
ni su cubil señala la pantera.
Hascen. Perdona, Capitan, si te ofendimos;
desde que aquí llegamos,
do quier traiciones vimos;
si una empresa empeñamos,
abandonados ó vencidos fuimos.
¿Quién nos trajo del Africa á esta orilla
para sufrir reveses y sonrojos?
¿Quién nuestro esfuerzo humilla
y obliga á nuestros ojos,

mal su grado, á mirar tanta mancilla?
¿Y quieres que callemos,
cual gente débil al temor atada,
y descansar dejemos,
cuando traiciones vemos,
dentro la vaina, sin matar, la espada?

Aben-abó. ¡No, vive Dios! ¡Como vosotros toco
la vergüenza y baldon que nos rodea!
Aben-Humeya, loco,
ó teme la pelea,
ó su vida y honor aprecia en poco.

Nivel. ¿Y quién rei le aclamó? ¡vosotros fuísteis!
(A Aben-abó.)
vosotros, que creísteis
que patria y libertad conquistaria.
¿Y qué hizo el desleal? gastar su vida
de escándalo en orgía;
dejar empobrecida
la tierra que pisó; de breña en breña,
como gacela tímida y cobarde
que espanta el cazador, ante la enseña
del cristiano escapar. ¿Y hai quien le guarde
ni respeto ni amor? ¿Hai quien villano
por rei le aclame y en la lid ostente
vencida espada en la convulsa mano?

Alí. ¡Y bien! ¿qué nos importa
que Granada sea mora ó castellana?
si aquesta guerra aborta,
la gente musulmana
un pedazo de menos en su tierra
mirará, y nada mas. ¡Sea en buen hora!
¡Que agite vencedora,
su bandera don Juan!
Mas ¡ai, si un dia
Africa apresta su invencible tropa!
¡Ai, si á romper la envia
la altiva frente de la vieja Europa!

Aben-abó. ¡Escrito está! pero vencida en tanto
la granadina gente abandonada

cual leve polvo que disipa el viento
verá desvanecerse su esperanza.
Sí, volvereis: mas hora que os aterra
el nombre de don Juan, cobarde espalda
al peligro mostrais. ¡Idos! ¡vergüenza
vuestro temor ridículo me causa!
¡Id! en vuestras galeras impaciente,
á la orilla del mar, la chusma aguarda.

Alí. Sí, mas antes del hombre miserable,
que entre mujeres débiles descansa,
la frente vil con sangre mancharémos
al ahogar en su sangre nuestra rabia.

(Con sarcasmo.)

¡De don Juan recelamos! ¡aterrados
ante el peligro, nuestro ardor desmaya!
¡Los leones africanos desfallecen
el aire al respirar de estas montañas,
y huyen con el pavor cuando resuenan
á su espalda las trompas castellanas...!!
Si tampoco valemos, si el mas bravo
de la morisca gente nos rechaza,
si inútiles os somos, volveremos
sin honra á las riberas africanas;
mas al pisar su arena, roja huella
imprimirá de sangre nuestra planta.

Hascen. Aben-abó, ni tus palabras creo
ni su insulto cruel llega á mi alma;
es la queja del bueno cuando mira
hácia un abismo descender su patria.
Vinimos hasta aquí, como el hermano
á quien su hermano compasion demanda,
y sacamos con honra de la lucha
mas de una vez la pica ensangrentada.

Aben-abó. ¿Y hora porqué cejar?

Hascen. Mientras no deje
el trono Aben-Humeya; mientras haya
quien por él una enseña al aire ondee;
mientras villa ó lugar en la Alpujarra
le rindan homenaje, en la pelea

mis gentes no entrarán. Cada cual haga
lo que mejor le cuadre.

Ali. Ni los mios
para mancharlas mostrarán sus armas.
Basta ya de baldon; que Dios ampare
á ese mísero rei.

Nivel. ¿Y no es mas llana
empresa, hacer pedazos su corona
y en su lugar poner á quien mas valga?
¿A un hombre como tú, de genio ardiente,
(*Á Aben-abó.*
de fuerte mano é incansable espada?

Aben-abó. ¡Yo! ¿Qué dices, Nivel? ¿Sobre mis hombros,
que harto débiles son, tan dura carga
debo aceptar? ¡No, no! Que Aben-Humeya
en hora buena destronado caiga,
y otro que yo, cualquiera de vosotros
al trono suba.

Hascen. Aluch-Alí nos manda
á luchar con vosotros, no á ser reyes.
Cualquiera de los tres que vacilara
entre él y su ambicion, traidor seria.

Alí. Sí, traidor.

Aben-abó. Mas alguno aquí su planta
aproxima; ¡silencio!

ESCENA III.

DICHOS, GIRONCILLO *por el fondo.*

Gironcillo. ¡Musulmanes!
amparo me prestad; de esa montaña
en el revuelto seno perdí el tino,
y no sé donde estoi; comision ardua
que cumplir tengo, y necesito un guia
en servicio del rei.

Aben-abó. ¿De qué rei hablas?

Gironcillo. Del que Dios ensalzó; del alto, el grande
Mulei Aben-Humeya.

Aben-abó. Mui mal cuadra
tal comision con tu torpeza, moro.
Nivel. Trazas tiene de espía.
Gironcillo. Aquestas cartas
responderán por mí.
(Sacando dos cartas del seno.)
Aben-abó. *(Tomándolas y examinando su sobrescrito á la luz de la hoguera.)*
De Aben-Humeya,
al claro capitan don Juan de Austria.
Alí. ¡Don Juan de Austria!
Aben-abó. Tal dice.
Hascen. Será acaso
de alguna tregua, mísera demanda.
Nivel. O una traicion mejor.
Aben-abó. Para el alcaide
de Mecina va estotra encaminada.
Moro, conmigo ven; ese camino *(A Gironcillo.)*
llevo esta noche y cuando llegue el alba
tu comision alcanzarás cumplida.
(Se dirige al fondo seguido de Gironcillo.)
Alí. ¡Aben-abó! *(Deteniéndole y con recelo aparte.)*
Aben-abó. *(Aparte á los turcos.)*
¡Tened! llevo una daga.
Sígueme, moro; hasta despues, hermano.
Nivel. Que dios, Aben-abó, contigo vaya.
(Aben-abó y Gironcillo entran por el fondo.)

ESCENA IV.

ALÍ, NIVEL, HASCEN.

Alí. Sigámosle, y el acero
nos vengará de él si miente.
Nivel. Tened; conduce al torrente
aquese estrecho sendero.
Hascen. Y bien...
Nivel. ¡Que dios libre al guia

de pensar en el profundo!
Gironcillo. *(Dentro.)* ¡Ai!
Nivel. ¡Escuchad! vale un mundo
ese grito de agonía.
Sin duda que resbaló...
¡Es la noche tan oscura!

ESCENA V.

DICHOS, ABEN-ABÓ *que aparece por el fondo.*

Alí. ¡Aben-abó!
Aben-abó. Por ventura
llevaba las cartas yo.
¿Quién toma por mensajero
á un mísero, cuya planta
resbala, si se adelanta
sobre el hielo de un sendero?
Horroroso el salto fué;
en las rocas rebotó
y el torrente lo tragó
que á las rocas lame el pié.
Aun me parece que escucho
su desgarrador lamento,
y en vano del pensamiento
por arrancármele lucho.
Alí. ¿Y esas cartas?
Aben-abó. *(Mostrándolas.)* Aquí estan:
llevadlas á su destino
si quereis; de ese camino
las sombras terror me dan.
Nivel. ¡Llevarlas! *(Con estrañeza.)*
Aben-abó. ¡El rei lo manda!
vinísteis á socorrerle,
y debeis obedecerle
ó morir en la demanda.
(Entregando las cartas á Alí.)
Hascen. ¡Ah! no ha mucho, Aben-abó,

nos hablaste de otra suerte.
Aben-abó. Enseña mucho la muerte,
y acabo de verla yo. *(Vase por las ruinas.)*

ESCENA VI.

DICHOS, *menos* ABEN-ABÓ.

Alí. ¡Mal mi cólera sofoco!
aquestas cartas nos deja
y misterioso se aleja;
ó es mui sagaz, ó está loco.
Nivel. Abre esas cartas.
Alí. *(Irresoluto.)* ¡Nivel!
Nivel. Pues casualidad felice
nos las da, veamos que dice
Aben-Humeya al infiel.
Hascen. Sí ¡por Dios! de aquesa hoguera
aun alumbra el resplandor.
Alí. *(Sentándose sobre las ruinas para ponerse al alcance del escaso reflejo de la hoguera y abriendo una de las cartas; Nivel y Hascen escuchan con el mayor interes.)*
Escuchad: *(Lee.)* "Al vencedor
«capitan, á quien venera
«la suerte, y por su virtud,
«do quier enemigos huella,
«yo, Mulei Aben-Humeya,
«rei de Granada, salud.» *(Recitando.)*
El reyezuelo se humilla
miserable ante el cristiano.
Nivel. Sigue.
Alí. *(Lee.)* "Preso está mi hermano,
«por ser mi hermano, en Castilla.
«De furores vengativos
«es presa, y segun se trate,
«cuantos quieras, en rescate
«daré cristianos cautivos.

«Y si prefieres por él
«turcos, los tendrás, don Juan,
«aunque los robe al sultan
«de Stambul, ó al rei de Argel.

Hascen. ¡Ira de dios! nos ofrece
por su hermano el vil traidor.

Alí. Escuchad: (*Lee.*) «Mas si el rigor
«con que le tratais acrece;
«si no aceptas lo que llego
«de amistad á darte en arras;
«llevaré las Alpujarras
«por delante á sangre y fuego.
«Y aunque de tu buena estrella
«confies en el favor,
«dios es grande y vencedor:
«él te guarde. Aben-Humeya»

(*Repitiendo con furor un período de la carta.*)

«Y si prefieres por él,
«turcos, los tendrás, don Juan,
«aunque los robe al sultan
«de Stambul, ó al rei de Argel.»

Nivel. Capaz de tanta perfidia
nunca á ese traidor creí.

Alí. ¡Infame! ¡vender así
á quien por su causa lidia!

Hascen. ¡Poner á nuestras cabezas
precio vil! ¡Ah, descreido!
¡Siempre serán cual han sido
de asesino tus proezas!

Alí. (*Abriendo la segunda carta.*)
Veamos estotra, que al moro
alcaide que está en Mecina
de Bombaron, se encamina. (*Leyendo como para sí.*)

Nivel. ¿Qué dice?

Alí. Vale un tesoro.
Escúchadme: (*Lee.*) «Los desmanes
«es necesario se eviten
«que en mi reino se permiten
«esos turcos capitanes.

«Tal se dan á su codicia
«y su audacia á tanto llega,
«que á tolerarlos se niega
«por mas tiempo mi justicia.
«Su condicion de pirata
«roba si encuentra en su huella
«el honor á la doncella,
«al buen creyente su plata.
«A Mecina los envio;
«mañana serán llegados,
«y cuando estén alojados,
«y tienda su manto umbrió
«la noche; cuando se den
«al sueño, sin que advertillo
«puedan, separe un cuchillo
«sus cabezas á cercen.
«Asi lo quiere mi lei,
«y si por miedo ó flaqueza
«no obedeces, tu cabeza
«dará desagravio al rei»
Ya lo escuchais. ¿De qué suerte,
capitanes, os parece
que aqueste traidor merece
se le pague?

Nivel.
Hascen. } ¡Con la muerte!

Alí. Y mil vidas que tuviera,
y mi rabia fuera poco.
Estas cartas miro y toco
y aun me parece quimera
de un sueño cuanto leí.

Hascen. Mas....¿si fueran por ventura
falsas....?

Alí. No, no: su escritura
es esta; escribir le vi:
no hai duda (*Examinando una de las cartas.*)
«Cuando se den
«al sueño, sin que advertillo
«puedan, separe un cuchillo

«sus cabezas á cercen.»

Nivel. ¿Y con tanta prueba estamos
inertes? ¿aun no le alcanza
de nuestra justa venganza
el castigo? ¿y aun dudamos?

Alí. Si tantas pruebas se ven
es ya mengua sufrir mas.
(Se dirige al fondo.)

Hascen. Ten, que si á vengarte vas,
nosotros vamos tambien.
(Vanse los tres por el fondo.)

ESCENA VII.

ABEN-ABÓ *por las ruinas.*

(Mirando al sitio por donde han entrado los turcos.)
Que á la par se satisfaga
el odio que nos devora,
sí, volad; llegó la hora:
¡traicion con traicion se paga!
(Yendo al sitio por donde habia entrado con Gironcillo.)
¡Ah del muerto!

Gironcillo. *(Como desde un sitio profundo.)*
¿Quién va allá?
(La voz se acerca.)
¿puedo á la vida volver?

Aben-abó. Sí, mas pronto ¡vive Dios!

ESCENA VIII.

DICHOS, GIRONCILLO *por el fondo.*

Gironcillo. ¡Heme aquí!

Aben-abó. Fingiste bien.

Gironcillo. *(Adelantándose.)*
¿Lo creyeron?

Aben-abó. ¿Cómo no,
cuando yo mismo dudé?

fué mui lastimero el grito.
Pintada la palidez
del terror en el semblante
de los turcos encontré.
Es tan oscura la noche,
tán triste este sitio es
y tan solemne el silencio
que solo alcanza á romper
ese torrente que rueda
despeñado á nuestros piés,
que no es mucho concedieran
á la farsa entera fe.

Gironcillo. ¿Y las cartas?

Aben-abó. Bien merece
quien las fingió se le den
albricias; á la traicion
que en su concepto marqué,
oculto en esas ruinas,
los miré palidecer
de cólera, y á Andarax
llenos de furia correr.

Gironcillo. Fué una inspiracion feliz
la de las cartas.

Aben-abó. Mas bien
inspiracion infernal;
que aunque Aben-Humeya fué
conmigo traidor, me aterré
al par ser traidor con él.
Mas dios lo quiere; de sangre
tinta su frente se ve,
y quien á hierro mató
debe á hierro perecer.
¿Las otras cartas....?

Gironcillo. Llegaron
con tiempo. A doña Isabel
á este sitio cabalgando,
al venir aquí encontré.

Aben-abó. ¿Y don Juan?

Gironcillo. En Lanjarón

recibió la cita ayer.

Aben-abó. ¿Diego Alguacil.....?

Gironcillo. Llegará
mui pronto. Mas ¿para qué
traerle aquí?

Aben-abó. Ya que emprendimos
este lance, será bien
representemos de dios
la providencia á la vez.
Dos crímenes sin castigo
aun encubiertos se ven
en un misterio profundo.
Yo su vengador seré.
Puñal, brazo y pensamiento
se adunaron en los tres.
El esclavo fué el puñal
y murió; muera tambien
Diego Alguacil que impulsó
aquel puñal, y despues
el pensamiento perezca
con Aben-Humeya.

(La noche ha cerrado completamente en una oscuridad profunda; de vez en cuando se escuchan silbar algunas ráfagas de viento; lucen relámpagos débiles; al lejos se ve á su luz un torreon del castillo de Andarax; la tormenta va creciendo progresivamente.)

Gironcillo. ¿Y quién
herirá á Diego Alguacil?

Aben-abó. Tú.

Gironcillo. ¡Yo! ¡asesino!

Aben-abó. No á fe.

Gironcillo. Si no asesino, verdugo.
¿Y yo verdugo he de ser?

Aben-abó. No, la justicia de dios.

Gironcillo. ¡Imposible! no podré
dar el golpe.

Aben-abó. Vamos claros...
¿es una débil mujer
quien me ayuda?

Gironcillo. ¡Aben-abó!
dime lucha, y lucharé;
una espada, y no un puñal....

Aben-abó. (*Sacando de la faja una pistola y entregándosela.*)
Preferible aquesto es....
¡basta ya! de aquellas breñas
en lo oscuro ocúltate.

Gironcillo. (*Tomando la pistola.*)
Mas....

Aben-abó. Alguno se aproxima. (*Alejándose.*)

Gironcillo. ¡Aben-abó! (*Deteniéndole.*)

Aben-abó. ¿Aun dudas? ve;
haz lo que quieras. A dios. (*Entra por las ruinas.*)

Gironcillo. Es implacable, lo sé;
y yo.... ¡mi espíritu alumbra
con tu luz, Dios de Ismael.
(*Vase por el fondo.*)

ESCENA IX.

DON JUAN COLOMA *por la izquierda de las breñas, volviéndose á alguno que se supone dentro.*

Aguarda abajo, Tristan,
con los caballos; aquí
(*Adelantándose en la oscuridad.*)
es sin duda; por allí
el lugar en donde estan
las ruinas. (*Brilla un relámpago.*)
Mui bien venido,
señor relámpago. (*Estalla un trueno.*)
Y ¡bueno!
¡cuán cortés vino ese trueno
á devolverme el cumplido!
Una luz, segun yo creo,
me dijo que encontraria
el papel; mas á fe mia
que la busco y no la veo.

(Un morisco envuelto en un alquicel blanco aparece entre las ruinas, deja una linterna encendida sobre una pilastra, y se oculta.)

¡Ola! ¿fantasmas aquí,
y fantasmas serviciales?
Nunca aquestos matorrales
tan bien poblados creí.
Mas ya que se muestra fiel
en cumplir lo prometido,
veamos el contenido
otra vez de este papel.

(Saca una carta del coleto, la abre y se acerca á la luz.)

(Lee.) «Si el amor de doña Ana
«os interesa, don Juan,
«id sin falta do os dirán;
«aquestas letras mañana.
«Cuando la noche cerrada
«sea, el camino empezad,
«y junto á Andarax llegad
«sin mas armas que una espada.
«Allí, sin que haya demora,
«se mostrará á vuestro paso
«un guia, y como al acaso,
«os dirá: venid, ya es hora.
«Seguidle; os conducirá
«á una senda, que encamina
«de una ermita á la ruina
«que al fin de la senda está.
«Allí una luz hallareis;
«penetrad, y aunque guardada
«por la maleza, una entrada
«buscad, y la encontrareis.
«Seguid la mina, don Juan,
«y al fin de ella, acaso vea
«cumplido cuanto desea
«hace tiempo vuestro afan.»

(Guardando la carta y recitando.)

Cuento de brujas parece.
Fantasma.... puerta escondida....

¡Si fuera un lazo á mi vida!
Don Juan, aquesto merece
meditarse; ratonera
puede ser, donde un traidor
puso por cebo mi amor,
y, por Dios, que no quisiera
ser cazado de esta suerte.
Fuera un lance singular
venir engañado á dar
en las garras de la muerte.
Seor Alférez ¿esto es miedo?
Miedo no, prudencia sí,
mas ya que he llegado aquí,
á la puerta no me quedo.
¿Y con mi espada invencible *(Desnuda la espada.)*
moros temor me han de dar?
Vamos, don Juan, á pasar
aquese puente Mantible.

(Toma la linterna y entra por las ruinas. La escena está solitaria un momento.)

ESCENA X.

Doña Isabel Coloma, Don Luis de Avendaño *por la derecha de las breñas. La tormenta llega al colmo de su furor. Se escucha el ruido de la lluvia, repetidos truenos, y se ven brillantes relámpagos.*

D.ª Isabel. Hemos llegado, don Luis;
que aqueste es el sitio infiero,
D. Luis. De ese escarpado sendero
harto cansada salis.

(Acercándose á la hoguera que está protegida de la lluvia por el rompimiento de una caverna.)

Venid, señora; á esta cumbre
ha poco alguno llegó,
y de su paso dejó
como vestigio esta lumbre.
Acercad; el aire frio

es por demas. Cual asiento
mi capa aceptad.

(Se despoja de la capa y la dobla sobre una de las piedras de las ruinas.)

D.ª Isabel. Consiento. *(Se sienta.)*
Mas venid al lado mio.
Venid, y departiremos
si os place un momento.

D. Luis. ¡Oh! sí, *(Sentándose junto á doña Isabel.)*
tal vez, mi señora, aquí
por última vez nos vemos.

D.ª Isabel. ¡Qué pensamiento, don Luis,
tan sombrío!

D. Luis. ¿No es verdad
que en aquesta soledad
algo estraño presentís?
La espantosa lividez
del relámpago, que baña
(Luce un relámpago.)
un momento esta montaña
y desparece á la vez;
esa triste lobreguez,
que presta un eco en su seno
al ronco rodar del trueno; *(Suena un trueno.)*
que en las breñas se derrumba;
ese ramaje que zumba
al recio empuje del viento,
¿no os remedan un lamento
emanado de una tumba?
Y esa lluvia, que pesada
de las nubes se desprende,
y sobre el campo se tiende
silenciosa y destrenzada;
que da al eco acompasada
su monótono rumor,
decid, ¿no os finge el clamor
de un amante, que apenado
llora un sueño malogrado
en la tumba de su amor?

Y aquesos estraños ruidos,
confusos, indefinibles,
que en las alas invisibles
de la tormenta perdidos,
tal vez remedan gemidos,
tal vez sonoros vacilan
y crecen y se aniquilan
ya pausados, ya veloces;
decid: ¿no os remedan voces
que entre Dios y el hombre oscilan?
¡Oh! ¡doña Isabel! burlad
de mi flaqueza en buen hora;
mas me espanta aterradora
la voz d' esa tempestad.
Si en lívida claridad
da á vuestra frente de amor
el relámpago esplendor;
en ella mi afan medita
terrible sentencia, escrita
por el dedo del Señor.
Y este afan, que frenesí
es ya de amor invencible,
poderoso, irresistible
se revela contra mí.
Si osado le comprimí,
ya del corazon rebosa,
y llega hasta vos, hermosa,
buscando en incierto anhelo,
si le dais amor..... un cielo
y si desden..... una fosa.

D.ª Isabel. Amores que tanto aguardan,
cuando obstáculos no miran,
no se quejen, si suspiran,
cuanto en revelarse tardan.
Si así los dejais que ardan,
sin dar á entender su fuego;
si habeis sido, don Luis, ciego
al hablar de mi mirada,
cobrar debiera enojada

lo tardo de vuestro ruego.
¡Oh! no lo haré, porque... os amo,
y aunque en ello sienta enojos,
lo estan diciendo mis ojos
de vuestro amor al reclamo.
Si en confesarlo disfamo
mi recato ved don Luis,
que estas palabras que ois
son el eco de un amor
intenso, devorador
cual el vuestro describis.
¡Oh! largo tiempo esperé
escucharlo en vuestro labio;
mas, de mi amor en agravio,
amor mudo el vuestro fué.
Quizá entonces recelé
ser desdeñada de vos...
y no le estrañé, que ¡ai Dios!
era una loca quimera
en la gitana hechicera
querer alzarse hasta vos.

(La tormenta va cediendo visiblemente.)

D. Luis. ¡Oh! callad, doña Isabel;
me está torturando el alma
tras de su aparente calma
de esas palabras la hiel.
En Flandes la vez primera,
ocultando vuestro estado,
tras el humilde traslado
de una pobre vivandera
miré vuestra frente pura,
y á mi corazon enojos
dió, deslumbrando mis ojos,
el sol de vuestra hermosura.
En su hechizo me quemé;
al veros me estremecí;
perdida á mi amor os vi
y por perdida os lloré;
que al veros en llana esfera,

juzgué que para lograros
era fuerza deshonraros
y eso....¡yo nunca lo hiciera!

D.ª Isabel. ¡Ah, don Luis! *(Conmovida.)*

D. Luis. Mas cuando oí
la historia de vuestra vida,
y que raza esclarecida
os alzaba sobre mí;
aquel amor, que martirio
era ya de mi existencia,
al estremo su violencia
llevó, al tornarse en delirio.
Fuísteis á la corte, y yo
tras vos á la corte fuí;
procuré veros y os vi,
pero mi lengua no habló.
Temí os ofendiese el loco
pensamiento con que lucho,
que era vuestro encanto mucho
para bajar á tan poco.
Tal vez estrañeis, señora,
que siendo cual fuí remiso,
os dé de mi amor aviso
en un monte y á deshora.
Mas debeis tener en cuenta
que niño y ciego es mi amor,
y halló ensueños de terror
en esa brava tormenta.
Quizá perdida os soñé
en mi afan supersticioso,
y mi labio receloso
bastante á callar no fué.
Tal vez osada mi lengua
os ofendió. *(La tormenta ha cesado enteramente, y la luna aparece tras el castillo de Andarax.)*

D.ª Isabel. Ved, don Luis,
que cuanto así os abatis
de mi amor redunda en mengua.
¿Pudiera yo desdeñar

á quien arroja á mis piés
amor tan puro y cortés,
que es maravilla en amar?
No, don Luis, y si un tesoro
es para vos mi cariño,
dormid, corazon de niño
tranquilo, que yo os adoro.

D. Luis. (*Delirante.*) ¡Oh! me vuelves el valor,
Isabel, luz de mis ojos,
y ya no contemplo abrojos
de tu planta en derredor;
paréceme que divina
claridad que el cielo envia
tu hermosa frente, alma mia,
con luz de gloria ilumina.

D. Isabel. (*Levantándose y señalando al castillo*).
Es la luna. A su esplendor
el viento su rabia enfrena;
y la tormenta encadena
á sus plantas el Señor.
Ved esa niebla que flota
y en vuelo rápido avanza,
precediendo á la bonanza,
en anchos girones rota.
Vereis mui pronto ese cielo,
ya del nublado sin huellas,
mostrar bordado de estrellas
su manto de terciopelo.
De verdores opulenta
vereis cual mañana aliña
sus prados esa campiña
tras la pasada tormenta.

(*El morisco que puso sobre la pilastra la primera linterna pone otra y desaparece.*)

Ahora dejadme partir.

D. Luis. ¿Y porqué con tal presura?

D.ª Isabel. Un reflejo en esa oscura
ermita he visto lucir.
seña es, don Luis, que me llama.

D. Luis. Pues yo os he de acompañar,
que fuera mengua dejar
sola en tal sitio á una dama.
D.ª Isabel. No, don Luis, es imposible,
aunque agradezco la oferta.
(Suena un disparo cercano.
Diego Alg. *(Dentro.)* ¡Ai de mí!
D.ª Isabel. ¡Cielos! ¡cuán yerta
esa voz, y cuán horrible!
Diego. *(Dentro mas cerca.)*
¡Socorro! ¡no hai quien me ayude!
D.ª Isabel. *(Asiéndose aterrada á don Luis.)*
¡Ai! ¡don Luis! ¿habeis oido?
D. Luis. No tembleis que al estampido
hácia aquí mi gente acude,
y aunque pocos, escogí
de mi tercio lo mejor.
Mas...¿Quién va allá?
(Desnudando la espada al ver aparecer á Diego Alguacil por la derecha que se adelanta vacilante.)

ESCENA XI.

DICHOS, DIEGO ALGUACIL, *herido, un capitan por la derecha de las breñas con algunos arcabuceros que rodean á don Luis.*

Diego. ¡Por favor!
tened compasion de mí.
D. Luis. ¿Compasion de un perro infiel?
Diego. *(Cayendo en el primer término sobre la piedra en que ha estado sentada doña Isabel.)*
¿Mas qué miro? ¿no me engaño?
¿Sois vos, don Luis de Avendaño,
y tú, mi pobre Isabel?
D.ª Isabel. *(Acercándose á Diego Alguacil reconociéndole.)*
¡Diego Alguacil!
D. Luis. *(Al capitan.)* Capitan,

con esos arcabuceros
reconoced los senderos
que á esta cumbre paso dan.
Id.

(El capitan y los arcabuceros entran por la izquierda.)

ESCENA XII.

Diego Alguacil, *recostado en las ruinas*, **doña isabel** *sentada junto á él sosteniéndole*, **don luis** *inclinado junto á los dos.*

D. Luis. *(A Diego.)* ¿Herido venis?
Diego. Un asesino
disparó sobre mí. *(A don Luis que se esfuerza por socorrerle.)* Todo es en vano:
pronto morir, don Luis, es mi destino.
D. Luis. Sabeis quién os hirió?
Diego. Sí, de su mano
conozco la traicion. Solo él podria
á mi vida atentar. Mas la venganza
me da Dios, pues don Luis, en mi agonía
su fuerte mano junto á vós me lanza.
Escuchad: es tristísima una historia;
historia de otro tiempo y de otros dias;
y tú Isabel, tambien en la memoria
guarda avarienta las palabras mias.
D. Luis. ¡Acabad!
Diego. No temais, que aunque ya zumba
al rededor la muerte de su presa;
no cubrirá la tierra de mi tumba
este secreto que en mi frente pesa.
Era un mancebo noble y opulento;
á mas de su linaje y su valía
dió á sus alas fortuna espacio y viento,
y nada grande vió su fantasía.
(Va siendo su voz cada vez mas débil.)
Creció tan alentado de su estrella,
tan esclavo á la lei de sus antojos,

que del genio del mal llegó la huella
do llegó una mirada de sus ojos.
Sin miedo, audaz, con ciega confianza
holló la lei, asesinó villano,
y de tu padre muerto á su venganza
(*A doña Isabel.*)
la sangre mancha su cobarde mano.

D. Luis. ¡Ah! ¡su nombre! ¡su nombre!

D.ª Isabel. El asesino
de mi padre quién fué?

Diego. Fué quien me mata.
¡Aben-Humeya!

D.ª Isabel. ¡Cielos!

Diego. El destino
no me deja acabar; ya se desata
mi espíritu vital: vengadme: muero
como murió el marques.... como Zafira...
cual don Gaspar.... ¡perdon! (*Espira.*)

D. Luis. ¡El traicionero
morirá, vive Dios!

D.ª Isabel. Ya no respira.
¡Oh! qué horror.

D. Luis. Turbios sus ojos
en las órbitas rodaron.

D.ª Isabel. Infeliz.

D. Luis. Inmóvil, yerto,
en vano pide mi mano
á su corazon latidos:
(*Poniéndole la mano sobre el pecho.*)
mas aquí un papel guardado
tiene, tal vez nos aclare
lo que el moribundo labio
entre el misterio perdido
dejó; á esa luz que el acaso
nos da, lleguemos, señora.

(*Se aproximan á la linterna y don Luis examina la carta.*)

¡Por san Juan ese malvado
de vuestra hermana amenaza
la vida; demanda amparo

á Diego Alguacil y queda
su salvacion aguardando.

D.ª Isabel. ¡Mi hermana!

D. Luis. Escuchad, señora,
aunque el concepto es escaso.
(Lee.) «Padre mio: ya el amor
«de Aben-Humeya es violencia,
«y hace falta tu presencia
«á conjurar su furor.
«Encerrada y prisionera
«estoi tras dobles cerrojos,
«y do quier torno los ojos
«encuentro una faz severa.
«Ven y de la negra suerte
«líbrame, que aguardo aquí;
«que estoi, confiando en tí,
«entre la vida y la muerte.»

D.ª Isabel. ¡Oh! amenazada ¡Avendaño,
á Dios! si es morir su estrella,
yo voi á morir con ella.

D. Luis. Tened, que yo os acompaño.

D.ª Isabel. No; mas bien vuestras banderas
si estan cercanas alzad,
y á sangre y fuego llevad
esa guarida de fieras.
Ahora ¿alcanzais á entrever
una torre entre lo oscuro?
(Señalando la torre que se ve al lejos.)

D. Luis. Sí.

D.ª Isabel. Pues bien, si en aquel muro
llegais una luz á ver;
avanzad, que si refleja
será pidiéndoos favor.
A Dios. *(Vase precipitadamente por las ruinas llevándose la linterna.)*

D. Luis. Aguardad. *(Siguiéndola.)*

ESCENA XIII.

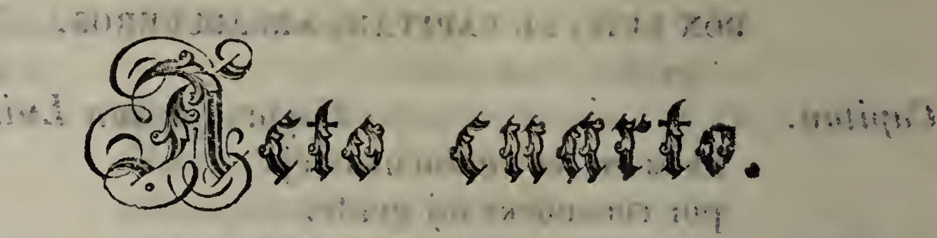
DON LUIS, EL CAPITAN, ARCABUCEROS.

Capitan. Mayor, *(A don Luis.)*
nada en los contornos deja
por reconocer mi gente,
que ha recorrido importuna
las sendas una por una,
hasta el lecho del torrente.

D. Luis. Bien, capitan las Roelas;
ahora á caballo montad,
y su carrera aguijad
hasta romper las espuelas.
En Güéjar mi tercio está;
que se apreste y rienda suelta
con él al punto de vuelta
venid, que os espero ya.
(El capitan entra por la izquierda.)

D. Luis. *(A un arcabucero.)*
La mecha de tu arcabuz
enciende, y ve si en lo oscuro
de aquel solitario muro *(Señalando la torre.)*
llega á brillar una luz.

FIN DEL ACTO TERCERO.



Salon en el castillo de Andarax; una puerta al fondo; dos á la izquierda; una reja á la derecha; mueblaje de la época; una lámpara de hierro con luz sobre una mesa; es de noche.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA ANA *junto á la reja.*

No viene don Juan; en vano
la señal busca mi vista
entre los oscuros senos
de la montaña vecina.
(Retirándose de la reja y sentándose junto á la mesa.)
¡Qué soledad! ¡qué silencio!
está calma me horroriza;
y ese torrente que brama
despeñándose entre guijas,
hondo lamento parece
á la angustiada alma mia.
¡Cuánto esperar! ¡cuánto duelo!
será que dios me castiga.
¡Oh! es horrible; en mi memoria
siempre esa fantasma tinta
de sangre perenne vive.
Siempre funesta, sombría,
de don Gaspar se presenta
la horrible faz á mi vista.

(*Levantándose recelosa.*)
Parecióme sentir pasos...
será el viento que se agita
entre los revueltos senos
de esas hondas galerías.

ESCENA II.

DOÑA ANA, ABEN-ABÓ *envuelto en un alquicel por la primera puerta de la izquierda con una linterna con luz.*

D.ª Ana. ¡Ah!.... (*Medrosa.*)
Aben-abó. (*Adelantándose y dejando la linterna sobre la mesa.*)
No deis gritos; soi yo.
A cumplir lo prometido
aquí, señora, he venido.
¿Conocéisme? (*Se descubre.*)
D.ª Ana. (*Reconociéndole.*) ¡Aben-abó!
Aben-abó. El mismo señora.
D.ª Ana. ¿Osais
entrar en esta clausura
á gozar en mi amargura?
Aben abó. Sin fundamento os quejais;
la sultana sois aquí.
D.ª Ana. ¡Sultana! mas siempre en vela
á mi puerta un centinela
su mirada fija en mí.
Aben-abó. Amor que con tal afan
os guarda....
D.ª Ana. ¡Sellad el labio!
Aben-abó. ¿Acaso con ello agravio
los amores de don Juan?
D.ª Ana. ¡Don Juan! á darme tortura
venis sin duda cruel.
No era bastante la hiel
de mi acerba desventura;
no era bastante sufrir
á un hombre que me esclaviza
y pertinaz me horroriza

su amor haciéndome oir;
no era bastante el horror
de esta torre solitaria,
do corre en honda plegaria
el llanto de mi dolor;
faltábais vos, implacable,
con vuestra risa sombría
para colmar la agonía
de mi vida miserable.

Aben-abó. Mas apesar, doña Ana,
de esa sonrisa inclemente,
ved mas pálida mi frente,
mi cabellera mas cana.
Vos, siempre hermosa; parece
que el tiempo con vos galante,
al pasar, vuestro semblante
enamorado embellece.
Mas reparad ¡cosa estraña!
mientras la duda os abate,
ardiente mi pecho late,
siempre acreciendo en su saña.
Luché, amenacé, inquirí,
do quier atento me hallé,
en silencio conspiré
y fuerte á la fin me vi.
¡Oh! y cuando vengo, señora,
á salvaros, cuando puedo
á vuestro dolor sin miedo
decir se acerca la hora:
os encuentro tan sin fe
y con valor tan escaso,
que para el último paso
si cuento con vos no sé.

D.ª Ana. ¡Sin valor! desesperada
debiérais mejor decir;
tras tanto y tanto sufrir
¿qué ha logrado mi afan? ¡Nada!
Cumpliendo lo prometido
á Aben-Humeya he escuchado,

y á mis caprichos atado
á mis piés le he adormecido.
Por mí, indolente no lucha,
á su bando descontenta
y ni aun medita en su afrenta
en tanto mi voz escucha.
Sediciones y motines
estallan contra él en vano,
mientras estrecha el cristiano
de su reino los confines.
¿Y por quién así se olvida
de su interes? ¿quién le enfrena
y á sus plantas encadena
su existencia envilecida?
Yo, que aliento una esperanza
inestinguible, violenta;
yo, que arrostro por la afrenta
en busca de mi venganza.

Aben-abó. ¿Y decis que os ama?
D.ª Ana. Sí.
Aben-abó. ¿Y vendrá si le llamais?
D.ª Ana. Sin duda.
Aben-abó. A escribirle vais
que venga esta noche aquí.
Decidle... que tanto amor
no es bien que desdenes mire;
haced en fin que delire
el logro de algun favor.
D.ª Ana. ¿Y para qué?
Aben-abó. Meditad
que vuestra esperanza espera.
D.ª Ana. Y aquí á de ser....
Aben-abó. Donde muera.
Id, señora.
D.ª Ana. Adios quedad.

(Vase por la segunda puerta de la izquierda.)

ESCENA III.

ABEN-ABÓ.

¡Pobre mujer! ¡cuánto sufre!
finge amor á quien detesta,
y de don Juan, á quien ama,
llora en silencio la ausencia.
¡Por Dios, que tanta constancia
á mi constancia supera;
mas á la fin, ya el momento
del desagravio se acerca.
¡Hassan! ¡Hassan! *(Llamando por el fondo.)*

ESCENA IV.

ABEN-ABÓ, MORISCO 1.° *por la puerta del fondo.*

Morisco 1.° ¿Quién me llama?
(Adelantándose y reconociendo á Aben-abó.)
¡Aben-abó!
Aben-abó. Esa linterna
pon en aquella ventana.
Morisco 1.° *(Tomando la linterna y poniéndola en el alfeizar de la reja.)*
Y esto ¿para qué?
Aben-abó. Es la seña.
¿Hai alguno en el castillo
Hassan que vendernos pueda?
Morisco 1.° No; cuando los turcos lleguen
hallarán franca la puerta.
Diego Alguacil solamente
me hace recelar, y es fuerza
que álguien impida.....
Aben-abó. Previsto
está todo; á la hora esta
habrá muerto. Tú es preciso
que lleves á Aben-Humeya
una carta; que en silencio,

sin dar de disgusto muestra,
la guarda junto al rastrillo
le reciba cuando venga.
Que velen las atalayas,
que los muros se guarnezcan,
que las lombardas se apresten
y que las mechas se enciendan.

Morisco 1.° ¿Y para qué es necesario
ese aparato de guerra?

Aben-abó. Duermen dos mil castellanos
aquesta jornada en Güéjar.

Morisco 1.° ¿Y esa carta?

ESCENA V.

DICHOS, DOÑA ANA *que aparece á punto por la segunda puerta de la izquierda.*

D.ª Ana. Vedla aquí. (*Adelantándose.*)

Aben-abó. (*Toma la carta, la lee para sí y despues la entrega al morisco.*)
Vete; en Andarax se encuentra
divertido en una zambra
el débil Aben-Humeya.
Llévala, y Alá te guarde.

Morisco 1.° Voi al punto: con él queda. (*Vase por el fondo.*)

ESCENA VI.

ABEN-ABÓ, DOÑA ANA.

D.ª Ana. Y decidme: ¿qué he de hacer
cuando ese villano venga?

Aben-abó. Esperar hasta que oigais
resonar en la poterna
un: ¡Andarax por Argel!
no lo olvideis, es la seña.
Ahora en premio, doña Ana,

de vuestro afan, mientras llega
ese traidor, os preparo
una sabrosa sorpresa.
(Yendo á la 1.ª puerta de la izquierda y abriéndola.)
Entrad, don Juan.

ESCENA VII.

DICHOS, DON JUAN *por la primera puerta de la izquierda.*

D.ª Ana. *(Al ver á don Juan conmovida.)*
¡Oh! ¡Dios mio!
D. Juan. ¡Doña Ana! ¿me enajena *(Sorprendido.)*
un sueño?
Aben-abó. No, mas se cumplen
castellano mis promesas.
Tuve lástima de veros
en la cresta de una breña,
esponiendo vuestra vida,
atalaya de esa reja.
Un valiente bien merece
que yo mi mano le tienda;
y pues que ya sin pensarlo
de vuestro amor estais cerca,
vóime, que en aquestos lances
el mas amigo molesta.
Mucho tendreis que deciros,
ocupaciones me esperan;
con que, á Dios; soi vuestro amigo..
(Dándole la mano.)
D. Juan. *(Estrechándosela.)*
Yo por vos mi vida diera.
(Vase Aben-abó por la puerta del fondo.)

ESCENA VIII.

DON JUAN, DOÑA ANA.

D.ª Ana. ¡Ah don Juan!
D. Juan. ¡Al fin te veo!
De tus radiantes pupilas
otra vez la lumbre pura
en mí se posa ¡alma mia!
¡Por Dios! que el gozo me mata
y dudo si en su mentira
un dulce ensueño enloquece
al corazon que se agita..
D.ª Ana. Si es un sueño, don Juan, goza
el sueño que amor te envia,
y si ha de huir, que termine
con ese sueño mi vida.
D. Juan. ¿Con que es verdad? ¿con que al cabo
no es una ilusion mi dicha?
repíteme esas palabras;
dime si el amor que un dia
me concediste, la ausencia
y la distancia no entibian.
Dímelo, por Dios.
D.ª Ana. ¡Don Juan!
hai cosas que se adivinan.
D. Juan. Cuando ese intrincado monte
atravieso, cuando miran
mis ojos la luz que opaca
esos hierros ilumina,
(Señalando á la reja.)
cuando tras ellos te veo
esperándome, la dicha
que siento, olvidar me hace
si la lluvia azotó fria
mi frente, ó si está mi espada
de morisca sangre tinta.
D.ª Ana. ¡Mi don Juan! ¡Cuánto te espones!
¡Si murieses!

D. Juan. *(Con entusiasmo.)* ¿Quién podrá
la muerte darme si vengo
á verte?

D.ª Ana. Tierra enemiga
de brava gente ocupada
es esta; por tí se agita
mi corazon receloso
cuando la noche avecina
su sombra; si un punto tardas
paréceme que peligras
y atento el despierto oido
estraños sones delira,
cual si escuchar pretendiese
de tu corcel que camina
el son del ferrado paso;
mas al buscarte mi vista,
está solitario el campo
y envuelto en su calma fria.
¡Fué que zumbó entre las rocas
el huracan en su ira!

D. Juan. ¡Cuán tristes son tus palabras!
en esta torre maldita
sepultada; sin que veas
mas que la frente sombría
del morisco, que el adarve
recorre en guarda prolija;
sin escuchar otros sones
que el alerta del vigía,
ó el estridente graznido
de las aves de rapiña,
que de las rocas cercanas
en lo altísimo se anidan,
no es mucho que el pensamiento
de tristes colores tiñas.

D.ª Ana. Sí, don Juan; pero inefables
hai momentos en mi vida;
cuando á lo lejos te veo
en la desierta campiña
en los hierros de esa reja

la mirada ardiente fija,
á tí mi espíritu vuela,
de sus afanes se olvida,
y hora que cerca te miro
mi labio tiene sonrisas,
y esta prision se embellece,
y mi dolor se mitiga;
que en tus ojos tengo amores
y en tus amores mi vida.

D. Juan. ¡Calla! ¡calla! porque temo
que si tanto amor me pintas,
mi corazon será estrecho
para encerrar tanta dicha.
¡Calla!

D.ª Ana. *(Sentándose.)* Don Juan, siéntate
aquí, á mi lado; tranquila
quiero mirarte; ¡te amo
tanto! *(Con ternura.)*

D. Juan. *(Sentándose á sus piés en un taburete.)*
Y con tu amor se abisma
mi pensamiento; recuerdo
el tiempo en que tan esquiva
me tratabas; ¡voto ál diablo!
hai cosas que no se olvidan,
cual por ejemplo: tu encargo
para mi amor de una misa.

D.ª Ana. ¡Siempre loco! *(Con cariño.)*

D. Juan. Y qué, ¿pretendes
doña Ana que me aflija
cuando escucho de tu labío
confesiones que me hechizan?
¡No, por Dios! luchar de frente
con la suerte cuando esquiva
se me presenta; sin pena
sacar de la triste vida
todo el partido posible
fué, es y será mi divisa.
Con amor y cuchilladas
tengo cuanto necesita

mi condicion; tus amores
colman de amor mi codicia;
cuchilladas.... ¡á los moros
las resparto cada dia
por cientos!

D.ª Ana. Temblar me haces.
Entrar por tierra enemiga
todas las noches....

D. Juan. Es cosa
que da interes á la cita.
Figúrate que entre breñas
un hidalgo se encamina
á la torre solitaria
do una hermosa está cautiva;
que el noble corcel galopa,
suelta á su aliento la brida,
y dejando atras un cerro
vence el lomo á una colina.
De pronto se escucha al lejos
rumor de gente enemiga,
y el caballo enhiesta el cuello
y con mas ardor camina.
Tal vez estalla un mosquete
que raudo su plomo envia,
y tal vez una saeta
cortando los aires silba;
cada breña oculta á un moro;
su endiablada algarabía
resuena por todas partes;
lleva el mancebo á la cinta
una espada, la desnuda,
á los moros acuchilla,
aguija al corcel, y al cabo
ve á la hermosa por quien lidia.

D.ª Ana. ¡Ah valiente!

D. Juan. En verdad, Ana,
no hai en esto valentía...
y ante vos, noble señora,
todo valiente se eclipsa;

dígalo Flandes.

D.ª Ana. Don Juan,
esa historia maldecida
no me recuerdes: mi sueño
con su terror me la pinta.
Contemplo una pobre estancia
de pared ennegrecida,
y en derredor de una mesa
soldados que juegan, gritan
y lances cuentan de amores
en insolente porfía.
No es galan ni mucho vale
quien no dice sus conquistas,
y del honor olvidados,
honrados nombres mancillan.
Entré; sonó por desgracia
el nombre de una morisca
que yo juzgaba mi hermana
del escarnio entre las risas.
La luz maté, y arrojéme
al infame que mentia,
y echando mano á la daga:
me debes Gaspar la vida,
le dije, y la cobro yo.
Heríle, y en su agonía
¡Dios te perdone! me dijo
su triste lengua sin ira.
Pues bien: aquellas palabras
estan en mi mente escritas,
estan zumbando en mi sueño
y en mi afanosa vigilia.
¿Y aun me amas? ¿no te aterra
unir tu suerte á la mia?
¿No temes que entre el silencio
de la noche, estremecida
de tus brazos me desprenda
pálida, aterrada y fria?
¿No temes ver los espectros
que continuamente giran

en torno mio? por eso
esta torre me es sombría;
por eso las flores tienen
para mí rojas sus tintas;
sueño es nuestro amor por eso,
y soñamos por desdicha.

D. Juan. ¡Vah! ¡vah! pues si yo tuviera
presentes las tropelías
que hice á francos y flamencos,
y los muertos de visita
á mi aposento vinieran
cuando duermo, ¡vaya en risa!
fuera larga á no dudarlo
la procesion. Oye prima:
si tú á don Gaspar mataste
(y perdóneme la antigua
amistad que á don Luis debo)
él por su parte la vida
quitó á una mujer; concedo
que no hubo sangre á la vista;
mas la muerte, doña Ana,
en su fin siempre es la misma.
Él la abandonó; matóla;
tú la vengaste solícita....
estais en paz y.... *laus deo.*

D.ª Ana. Y tú piensas....

D. Juan. Que al que fina
se le entierra y no se habla
de él mas.

D.ª Ana. La conciencia grita.

D. Juan. Se la mata.

D.ª Ana. ¡Siempre loco!

D. Juan. No tal: si alguno me aguija
cierro con él; si tuviera
tu conciencia, la daria
rienda suelta antes que ella
me arrojase á la otra orilla.
¿Quién no ha matado á un vencejo?
¿quién no ha pisado á una hormiga?

¿quién la sangre no ha vertido
de alguna infeliz gallina?

D.ª Ana. Pero la vida de un hombre...

D. Juan. Es igual á cualquier vida.
Solo Dios tiene derecho
á destruir su obra misma,
y aquel que sangre derrama
de hombre ó vencejo, asesina.

D.ª Ana. ¡Cuántas locuras! al cabo (*Riéndose.*)
harás don Juan que me ria.

D. Juan. Y harás bien, porque la muerte
es cosa asquerosa, indigna
de recuerdo.

D.ª Ana. ¡Dios te ayude!

D. Juan. Para que me adores, prima.
Ademas, es necesario
olvidar cosas perdidas
en el pasado; al presente
y al porvenir se les mira.

D.ª Ana. ¡Ah! don Juan!

D. Juan. Pero, á propósito
de don Gaspar, que á fe mia
era una soberbia espada;
¿quién puso acero en tu cinta?
¿Cómo ante él sin desventaja
frente á frente fuiste en lidia?
Una mujer que á la guerra
se va vistiendo loriga
y empuña en la blanca mano
en vez de rueca una pica,
y á españoles aporrea
y á flamencos pone grima,
es cosa que ¡voto al cielo!
parece sueño ó mentira.

D.ª Ana. Cuando en vez de dulce halago
se muestra ceño á una niña;
cuando apenas vasilante
sobre las plantas se afirma
por dijes la dan puñales,

y cantan para adormirla
á su lado crudas guerras;
cuando siendo mas crecida
por las breñas se la lleva
tras fieras en montería;
cuando de hombre se la viste,
y hombre acaso se imagina
en su cándida inocencia
velada la jóven vista;
la mujer se torna hombre.
El peligro valentía la da,
y se cambia en fiereza
la condicion que á ser tímida
pareciera destinada.
Esa, don Juan, de mi vida
es la historia; siempre al lado
de Diego Alguacil crecia,
cada vez mas y mas fuerte;
cuando se aclaró el enigma,
cuando me dijo tú eres
mujer, sentí que la ira
su rojo color mostraba
retratado en mi mejilla.
Murió acaso por entonces
la mujer que yo creia
mi hermana; juré vengarla;
de diez moros asistida
llegué á Flandes y....

D. Juan. Mas como
de soldadesca valdia
cercada ocultar pudiste
tu sexo ¿Con quién vivias?

D.ª Ana. Con mi hermana; de ella sola
era en Flandes asistida.
Por eso fué vivandera.

D. Juan. Sí, la linda morenilla
mi parienta, la gitana *(Con despecho.)*
de los moriscos espía.
Como yo me encuentre á tiro

de Diego Alguacil, la vida
le he de arrancar, sin que tema
que luego á mi sueño asista.
(Levantándose y paseando agitado.)
La una ¡por Dios! á estocadas
en campaña; la otra prima
de vivandera en gitana
y de gitana en espía.
¡Por Dios! que de nuestra raza
el blason se hiciera trizas,
si animado á oir llegase
que tal vivieron las hijas
de un Coloma.

D.ª Ana. *(Levantándose y con amargura.)*
¡Nos acusas?!

D. Juan. *(Suavizando su acento.)*
No, mi bien, que mal podria
lanzar por culpas ajenas
sobre inocentes mi ira.
Mas quiero sí que termine
esta posicion ridícula;
quiero que conmigo vengas
á la corte de Castilla;
quiero que tu rango muestres
á la española hidalguía.

D.ª Ana. ¡Imposible!

D. Juan. *(Con firmeza deteniéndose.)*
Estoi resuelto,
doña Ana, á que me sigas.

D.ª Ana. A mi padre vengar debo.

D. Juan. No seré yo quien te diga
lo contrario. ¿Pero dónde
el vil matador respira?
¿Cuál su nombre? Cuál su estado?

D.ª Ana. No lo sé.

D. Juan. ¿Y así indecisa
estas? así confiada
en las palabras mentidas
de Aben-abó, en esta torre

vives aislada, cautiva.
No, doña Ana; algun misterio
existe en el cual se abisma
mi corazon, y villana
una sospecha ilumina
á veces mi pensamiento,
y torcedora me pinta
la muerte de mis amores,
la afrenta de mi familia.

D.ª Ana. ¡Don Juan! *(Con orgullo.)*

D. Juan. Sí, que receloso
no vine todos los dias
solo por verte á lo lejos
en esa reja. El espía
fuí de mi honor; sin descanso
sin reparar de mi vida
en el peligro, á ese moro
á quien la gente morisca
llama su rei, espié
y en esta torre maldita
su faz miré muchas veces
destacarse en la sombría
oscuridad de esa reja:
en las alas de su ira
voló aquí mi pensamiento
y parecióme le via
entre tus brazos, rompiendo
mi honor á un tiempo y mi vida.

D.ª Ana. *(Con furor reprimido.)*
¡Y á sospecha tan villana
has dado, don Juan, cabida!
¡Y ese ultraje que tu labio
osó pronunciar tranquila
he escuchado! ¡que deshonro
el nombre de mi familia
sospechaste? ¡Descreido!
¿Así mi dolor olvidas?
Así de mi amor abusas
y mi corazon lastimas?

¡Oh señor! y yo que en tanto *(Llorando.)*
solo por su amor vivia;
yo que he esperado impaciente
de la tarde la venida,
por verle un solo momento
al confin de esa campiña;
yo que he bañado esa reja
con llanto de mi agonía,
¿debí esperar que villano
asi con alma tranquila
en mis dolores se goce
y de mi honor haga trizas?
¡Vete! ¡vete! es implacable *(A don Juan.)*
el rigor de mi desdicha;
déjame aquí con mi llanto
entregada á mi ignominia.
¡Lo sé! ¡sola! ¡abandonada!....

ESCENA IX.

DICHOS, DOÑA ISABEL, *que aparece á punto en la primera puerta de la izquierda.*

D.ª Isabel. ¡Calla! ¡calla! ¡hermana mia!
D.ª Ana. ¡Isabel! *(Precipitándose la una en brazos de la otra.)*
D.ª Isabel. Sí, te escuchaba
tras esa puerta; remisa
estuve un momento.
(Adelantándose á don Juan.)
Y vos,
don Juan, que de valentía
haceis alarde; el hidalgo,
el generoso, el que pinta
de tal modo sus amores
que á que los premien obliga;
¿asi heris de quien os ama
el corazon? villania
es esa que estoi tocando
y aun me parece mentira.

D. Juan. ¿Tú tambien, doña Isabel,
te lanzas en contra mia?
¿tú tambien, cuando sin causa
te miro aquí entrometida
en aventuras estrañas,
con cuya causa no̊latina
mi mente, de un arrebato
hijo del amor que inspira
á mi corazon tu hermana
me acusas? ¿O de rodillas
quieres que á las dos demande
perdon? lo haré; mas si impía
en mi mente una sospecha
se abrigó ¿no hai mil distintas
apariencias que la abonan
y mas y mas la confirman?
Creo, y lo juro, doña Ana,
que mi honor no se mancilla;
mas... el negarte á seguirme,
te lo repito, me abisma.

D.ª Ana. ¡Don Juan! si tu amor me es grato,
mi padre en la tumba grita
á mi corazon; un pacto
de venganza sellé un dia,
y hasta que se cumpla espero.

D.ª Isabel. Te seguirá... se aproxima
(A don Juan.)
el momento; al fin el nombre
sé del que la frente tinta
con la sangre de mi padre
tiene.

D.ª Ana. ¡Pronto! ¡hermana mia,
ese nombre!

D.ª Isabel. Aben-Humeya.

D. Juan. ¡Él! ¡por Dios! aunque le asista
su profeta ha de morir
entre mis manos.

D.ª Ana. ¡Tardía
venganza que tanto tiempo

esperé! por fin te mira
cerca mi dolor.

D. Juan. ¿Y dónde,
Isabel, esa noticia
adquiriste?

D.ª Ana. ¿Dó has estado
mientras yo triste gemia
en esta torre?

D.ª Isabel. En la corte:
de don Luis alli asistida,
al rei Felipe el segundo
las pruebas de tu hidalguía
presenté; con los diamantes
que me diste, la precisa
cantidad hallé que basta
á rescatar la perdida
hacienda de nuestro padre.

D. Juan. Y á la que yo tan aprisa
di mate... y bien yo lo siento....
¡á saber que no era mia...!

D.ª Ana. Don Juan, callad, que me afrenta
tal disculpa.

D.ª Isabel. Decidida
estaba á volver á verte
cuando vino á darme prisa
una carta en que, ya es hora:
venid á Andarax decia.
De don Luis acompañada
llegué al punto de la cita
esta noche, cuando horrible
sonó un grito á nuestra orilla.
Llegó un hombre, y al reflejo
de la luna, en él mi vista
vió á Diego Alguacil que herido
luchaba con la agonía.
¡Oh! fué horrible aquel momento
cuando con voz ya indistinta
el nombre de Aben-Humeya
pronunció su lengua fria,

de Avendaño y nuestro padre
acusándole homicida.
Y tú... ¡gran Dios! en su pecho
una horrible carta habia
en que, á la muerte cercana,
á Diego Alguacil pedias
amparo.

D.ª Ana. ¡Yo...! ¡amenazada!
Es una horrible mentira.
¡Pluguiera á Dios que la muerte
acabase mis desdichas!

D. Juan. ¡La muerte! ¡calla doña Ana!

D.ª Isabel. *(Reparando en la linterna que está en el alfeizar de la reja.)*
Mas ¿quién puso allí encendida
esa luz?

D.ª Ana. Es una seña
con que á los turcos se avisa.

D.ª Isabel. ¡Cielos! ¡ si don Luis alcanza
á mirarla!.... convenida
es una señal de muerte
entre él y yo. Al percibirla
asaltará con su tercio
esta torre.

D. Juan. ¡Voto á cribas!
¿y eso te pesa? ¡soberbio!
Ya la impaciencia me aguija
por mirar desenlazado
tanto enredo, y la morisca
chusma vencida.

Una voz. *(Dentro.)* ¿Quién va?

Otra voz. ¡El rei! *(Dentro.)*

D.ª Ana. ¡Oh! ¡Dios me le envia!
Entrad, don Juan.

(Señalando á don Juan la 1.ª puerta de la izquierda.)

D. Juan. ¡No por Cristo!
yo he de ser...

D.ª Ana. Entrad aprisa.

D. Juan. Pero...

D.ª Ana. ¡Entrad!
D. Juan. En todo caso
mejor es así. A Dios primas.
(Vase por la primera puerta de la izquierda.)

ESCENA X.

DOÑA ANA, DOÑA ISABEL, ABEN-HUMEYA *en la puerta del fondo.*

D.ª Ana. *(Yendo á recibirle.)*
Entrad, señor; vuestra cautiva espera.
¡Oh! ¡cuánto habeis tardado!
Aben-Hu. *(Adelantándose con una carta en la mano.)*
¡Por Alá! si no oyera
tan sentida tu voz, si afortunado
de tu pura sonrisa no gozara,
dudara mi deseo
de este papel que entre mis manos veo,
y en que das á mi amor tu amor, Zahara.
D.ª Ana. *(Ofreciéndole un sitial.)*
Asentad, mi señor.
Aben-Hu. *(Sentándose y reparando en doña Isabel.)*
¿Y aquesta bella?
D.ª Ana. ¿Desconocéisla ya?
Aben-Hu. Que en otros dias
la vi recuerdo; las memorias mias
solo son para tí.
D.ª Ana. Mirad en ella
otra esclava, señor, porque es mi hermana.
Aben-Hu. Y bella por demas. Cual se asemejan (*Aparte.*)
al mísero marques.
D.ª Ana. ¿Algo os afaña?
Aben-Hu. Pensaba en las desdichas que me aquejan.
D.ª Ana. ¡Desdichas vos! un pueblo cruda lucha
sostiene por miraros en su trono;
amais y os aman.
Aben-Hu. Mi ventura es mucha
si ese amor es verdad.
D.ª Isabel. *(Aparte.)* ¡Oh! y cuánto debe

la infelice sufrir!

Aben-Hu. ¡Callas, Zahara!

D.ª Ana. Dispensadme, señor, porque en mi mente
hai un intenso afan que la devora;
espero.... y vos sabeis cuan inclemente
es esperar el plazo de una hora.

Aben-Hu. ¡Oh! sí, yo que esperé, yo que aun espero,
lo alcanzo por mi mal; pero olvidarme
de mis desgracias y ambiciones quiero
un tanto junto á ti; quiero gozarme
en el intenso amor que me enloquece;
sentirle cual acrece
al mirar de tus ojos brilladores,
y un premio á mis amores
demandar otra vez.

D.ª Ana. ¡Señor!

Aben-Hu. *(Levantándose.)* En vano
puse á tus piés mi vida y mi corona.
Contra la dura lanza del cristiano,
por tu eterno desden el alma herida,
fuí peligros buscando;
mas el destino infando
guardó para el dolor mi triste vida.

D.ª Ana. Pasareis esta noche en el castillo
¿no es ve rdad, mi señor?

Aben-Hu. ¿Quién lo desea?
¿acaso no es funesta mi presencia
donde quiera que estoi? Nada que sea
grato mis ojos ven.

D.ª Ana. A la violencia
cedeis de tanto afan. Si yo os dijera.....
(Aparte.) Dame fuerzas, Señor.

Aben-Hu. Y bien, Zahara,
¿quieres al fin mi amor y mi corona?

D.ª Ana. ¡Esperad!

Aben-Hu. ¡Esperad! ¿siempre esperando
he de estar, vive Dios? Siempre juguete
seré de la mujer que me encadena,
á sus plantas rogando

cuando puedo exigir?

D.ª Ana. *(Aparte.)* Aun no resuena
la anhelada señal.

Una voz. *(Dentro.)* ¿Quién va?

D.ª Ana. *(Con ansiedad aparte.)* ¡Dios mio!

Otra voz. *(Dentro.)* ¡Andarax por Argel!

(Se oye dentro un rumor confuso que va creciendo por momentos.)

D.ª Ana. *(A Aben-humeya.)* ¡Oh! ¡yo te adoro!

Aben-Hu. ¡Zahara! *(Admirado.)*

D.ª Ana. Sí, que esperaba te decia
para darte mi amor, Aben-Humeya,
y ya el plazo llegó.

(Se oye un griterío ya distinto como de mucha gente reunida.)

¿La gritería
confusa de lejana muchedumbre
no escuchas? El cortejo de tus bodas
es que se acerca ¡oh rei!

(Asiéndole de una mano y llevándolo á la reja.)

Mira á la lumbre
de esas hachas que agitan tus guerreros

(Se oye el ruido de espadas en un combate reñido.)

cual brillan las espadas;
óyelas cual resuenan
desarmando á tu guardia ya vencida.

(El ruido de las espadas cesa, pero se siguen escuchando las voces cada vez mas cercanas.)

Estás en mi poder. Sí, yo te adoro
como al leon adora la pantera,
cual la lluvia á la hoguera,
como la oscura noche al claro dia;
te adoro porque adoro mi venganza.
¿Qué importa si esperé, si al fin sombria
ya la muerte hacia tí rugiendo avanza?

Aben-Hu. *(Yendo á la puerta del fondo por donde penetran ya las voces mas cercanas.)*
¡Oh! ¡traicion! ¡y se acercan! ¡miserable!
así la vil pantera

acomete al leon. Mas ¡ai! tu vida
en mi poder está.
(*Cierra por dentro la puerta del fondo.*)
Y escucha, hermosa:
antes que á los dinteles de esa puerta
(*Señalando la del fondo.*)
alleguen los traidores
sin vida yacerás; por esa mina
(*Señalando la primera puerta de la izquierda.*)
que al campo va, saldré; de mis furores
no aguardes compasion.
(*Desnudando el alfanje.*)

D.ª Isabel. (*Abrazándose á su hermana.*)
¡Oh! ¡hermana mia!

Aben-Hu. (*Amenazando á doña Ana.*)
A morir te preven, cristiana ó mora.

D.ª Isabel. (*Arrojándose á los piés de Aben-Humeya.*)
¡Perdon, señor!

ESCENA XI.

DICHOS, DON JUAN *que se precipita por la primera puerta de la izquierda sobre* ABEN-HUMEYA.

D. Juan. ¡Callad! que es villanía
(*Desnudando la espada.*)
suplicar, Isabel, donde yo estoi.

D.ª Ana. ¡Don Juan!

D. Juan. (*Poniendo á sus espaldas á doña Ana y doña Isabel.*)
¡A mí, asesino, ó por quien soi
mi espada te ha de dar muerte traidora!

Voces dentro. ¡Abrid! ¡Abrid! (*Golpes á la puerta del fondo.*)

Aben-Hu. (*Riñendo con don Juan.*)
Señor, tu ayuda espero.

D. Juan. Vivo te he de coger.

D.ª Isabel. ¡Ai!
(*Cayendo desvanecida sobre un sitial.*)

D.ª Ana. (*Sosteniéndola.*) ¡Desmayada!

Voces dentro. ¡Abrid!

Aben-Hu. (*Perdiendo el alfanje á un desarme de don*
¡Rayos de Dios! *Juan.*)
D. Juan. Mi prisionero
eres en buena lid, rei de Granada.
(*Poniendo la punta de su espada al pecho de Aben-Hu.*)
D.ª Ana. (*Viendo volver del desmayo á doña Isabel.*)
Ya torna en sí.

ESCENA XII.

La puerta del fondo cae en tierra y aparecen tras ella ABEN-ABÓ, ALÍ, NIVEL, HASCEN, *turcos y moriscos agrupados con hachas encendidas.*

Aben-abó. ¡Aquí está!
(*Entrando en la escena.*)
(*Reparando en don Juan.*) ¡Don Juan!
D. Juan. Vencido
tenedllo, Aben-abó.
Aben-abó. (*A los suyos.*) Velad alerta
vosotros á esa puerta.
¡Capitanes, entrad! El descreido
(*A Alí, Nivel y Hascen, que se adelantan.*)
debe juzgado ser, que de otra suerte
asesinato vil fuera su muerte.
Abierto el juicio está. ¿No hai quien demande
justicia?
D.ª Ana. Yo.
Ali.
Nivel. } Nosotros.
Hascen.
Aben-Hu. (*Que ha quedado en medio del semicírculo que forman á su alrededor los demas personajes, á Aben-abó.*)
¡Oh! y cuán grande
debe tu gozo ser! Pronto acabemos (*A todos.*)
Juzgado por vosotros, es notoria
la suerte que me espera.
¿A qué una farsa? Decretad que muera....
Tranquilo estoi. Jamas de mi memoria (*A Aben-*
tu juramento de venganza ajeno *abó.*)
estuvo, Aben-abó. Pues me venciste,

á la muerte yo mismo me condeno.

D.ª Ana. Y di: ¿quién de mi padre
la sangre derramó?

Aben-Hu. De mi venganza
le puso en el camino mala suerte:
á mi padre mató; le di la muerte.

D.ª Isabel. ¿Y quién á don Gaspar tendiendo un lazo
para su daño armó diestra inocente?
¿quién abrevió de su existencia el plazo?

Aben-abó. ¡Callas! ¡oh!

Aben-Hu. Mi silencio me condena.

Alí. Y di, traidor ¿qué pena
merece el que á los hombres que vinieron
por él de tierra estraña,
y en abierta campaña
sus derechos leales defendieron,
ofrece por rescate de su hermano?

Aben-Hu. ¡Cómo! ¿venderos yo? cargo villano,
lazo traidor que contra mi tendieron.
No, yo nunca os vendí.

Alí. *(Mostrándole dos cartas.)* ¿De esta escritura
puedes negar la fe?

Aben-Hu. De esa impostura
(A Aben-abó, despues de mirarlas.)
responderás á Dios. Hábiles fueron
los que aquesto fingieron.

Nivel. ¿Lo niegas?

Aben-Hu. Ante Dios y mi conciencia,
ante vosotros no; fuí asesino ¡en buen hora!
¡traidor! y... ¿qué os detiene?
Si es morir mi destino
¿porqué la muerte sobre mi no viene?

Aben abó. ¡Luego confiesas....!

Aben-Hu. Sí, llega mi hora
y si vuestra venganza no me aterra,
me aterra la de Dios. Don Juan, oidme,
y vosotras tambien, pobres criaturas.
(A doña Ana y doña Isabel.)
Solo á vosotros humillarme debo;

perdonadme si os place, ó maldecidme.
Oyendo á mis pasiones
di al odio y la ambicion fácil oido.
Sangre inocente en mi conciencia he visto,
y por un trono renegué de Cristo.
¡Oh! si á hacerlo se allana vuestro encono
perdonadme, don Juan.

D. Juan. Sí, yo os perdono,
tal os perdone Dios.

Aben-Hu. ¡Oh! cual valiente,
generoso, don Juan. Muero sereno. (*A Aben-a.*)
En cuanto á tí, traidor, es bien te cuente
lo que el eterno á mi finar me inspira:
ambicioso cual yo, cual yo asesino,
pronto siempre tu labio á la mentira,
como yo sucumbir es tu destino.
Tendrás esa corona que te halaga,
sí, reinarás; mas tu sentencia espera;
que quien traiciones con traiciones paga
á manos de un traidor es bien que muera.

(*Volviéndose á los turcos y los moriscos que están tras la puerta del fondo.*)

Ahora, canalla vil, franca esa puerta!!...

(*Vase rompiendo por medio de ellos.*)

Nivel.
Hascen.
Alí. } Rematadle. (*Saliendo tras él con los alfanjes desnudos.*)

Aben-abó. ¡Ah! ¡no! ¡no! (*Queriendo salir.*)

Alí. Ten. (*Deteniéndole.*)

(*Se oye el ruido de una lucha.*)

Aben-Hu. (*Dentro.*) ¡Ai! ¡villanos!

D.ª Isabel. ¡Oh, qué horror!

D. Juan. ¡Dios le ampare!

Una voz. (*Dentro.*) ¡Alerta! ¡alerta!

Otra mas. ¡A las armas!

Alí. ¡Los tercios castellanos!

(*Saliendo tras los moriscos.*)

ESCENA XIII.

DOÑA ANA, DOÑA ISABEL, ABEN-ABÓ. *Suenan disparos de arcabucería, y algunos de artillería; cajas y trompetas tocando ataque.*

D.ª Isabel. ¡Oh, es don Luis!
Aben-abó. ¡Ai de mí, me habeis vendido!
D. Juan. No tal, Aben-abó; por esa mina
(*Señalando la primera puerta de la izquierda.*)
pronto escapad; si un tiempo habeis podido
á mis primas salvar, hoi determina
mi gratitud salvaros; id, que aprieta
(*El combate resuena cada vez mas fuerte y cercano.*)
el asalto don Luis.
Voces dentro. ¡Cierra San-Tiago!
Aben-abó. A Dios, don Juan, protéjaos el profeta
si mi deuda con vos no satisfago.
(*Vase por la primera puerta de la izquierda.*)

ESCENA XIV.

DOÑA ANA, DOÑA ISABEL, DON JUAN.

D. Juan. ¡Ana mia! ¡Isabel!
D.ª Ana. ¡Oh! ¡qué de horrores!
D. Isabel. Tengo miedo, don Juan.
D. Luis. (*Dentro.*) ¡Arcabuceros!
adelante.
(*Cesan los disparos y el ruido del combate.*)

ESCENA XV.

DICHOS, DON LUIS, *un capitan, oficiales y soldados castellanos por el fondo.*

D. Juan. ¡Don Luis! (*A don Luis que entra.*)
D. Luis. ¡Al fin, Dios mio!
(*Examinando la escena al encontrar á doña Ana y doña Isabel.*)

salvas las llego á ver. Los prisioneros
(*Al capitan.*)
guardad. Sobre las lunas agarenas
tremolad las banderas castellanas,
y en su primer reflejo en las almenas
encuentre el nuevo sol cruces cristianas.
Id, proclamad al rei.
(*Vase el capitan con los soldados.*)

ESCENA XVI.

DOÑA ANA, DOÑA ISABEL, DON JUAN Y DON LUIS.

D. Luis. ¡Isabel mia!
D.ª Isabel. ¡Don Luis!
D. Luis. ¡Don Juan! (*Tendiéndole la mano.*)
D. Juan. Mayor, esta es mi espada.
(*Haciéndose atras y presentándole la espada.*)
D. Luis. ¡Cómo!
D. Juan. Contra mi rei en rebeldía
de Aben-abó la fuga concertada
fué por mí.
D. Luis. Que no os oigan; deuda era
que generoso al fin habeis pagado;
yo en tal caso, por Dios, lo mismo hiciera.
Yo callaré. Mas de Isabel os pido
la mano.
D. Juan. Mi amistad unid por arras.
(*A doña Ana irresoluto.*)
¡Doña Ana!.....
D.ª Ana. (*Arrojándose en sus brazos.*)
¡Mi don Juan!
(*Suena fuera tres veces un toque de trompa.*)
D. Juan. ¡Hemos vencido!
Una voz. (*Dentro.*)
¡Por España y el rei las Alpujarras!!

FIN DEL DRAMA.

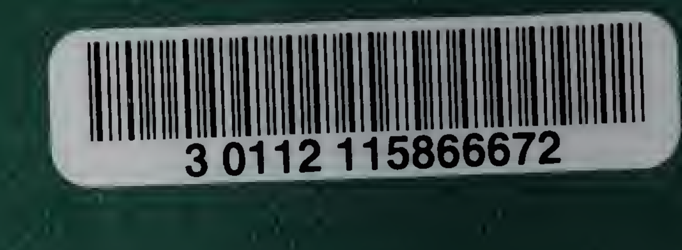


Por una inadvertencia del autor aparece en la página 99, *línea* 27 *un período que dice:*

conmigo traidor, me aterré

debiendo decir:

conmigo traidor, me aterra


3 0112 115866672